

Folleto de «EL LABARO»

LEA Ó LA CRUZ TRIUNFANTE

POR

MATILDE BOURDON



SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodriguez

Plazuela de Carvajal, número 5

—
1900

LEA Ó LA CRUZ TRIONFANTE

1808

MATHEU DE POUJADON

1808

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, a cargo del Sr. Rodríguez

Proprietario de Calatrava, número 22

1808



LEA Ó LA CRUZ TRIUNFANTE

Cristo vive, Cristo reina,
Cristo impera.

I

PRÓLOGO

El santo Rey profeta, en una de sus penetrantes miradas sobre el porvenir, exclamaba: «¿Por qué bramaron los pueblos? ¿Por qué las naciones maquinaron asechanzas? Los reyes de la tierra se han levantado, y los príncipes se han conjurado contra Dios y su Cristo, diciendo: «Rompamos sus ataduras, y echemos su yugo lejos de nosotros.» Mas el que habita en los cielos se reirá; Dios se burlará de ellos...

¡Entendedlo, oh, reyes! ¡Aprended, oh jueces de la tierra!»

¿No es este el cuadro de los primeros siglos de la Iglesia? Nuestro divino Salvador Jesús murió en una cruz; sus Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, abrasados por el fuego que su Maestro vino á llevar á la tierra, predicando el Evangelio al judío y al gentil, al romano y al bárbaro; al punto las naciones se conmueven, y mientras los pequeños y los humildes aceptan la buena nueva y adoran al Dios crucificado, los reyes y los príncipes, los gobernantes y los magistrados se juntan contra Dios y su Cristo. Por espacio de tres siglos, á una persecución tenaz y sangrienta los cristianos opusieron una resistencia invencible; todo el imperio romano, con sus leyes, sus armas, sus letras, sus tesoros, sus tormentos y sus suplicios, no puede resistir á este puñado de hombres, revestidos de la fuerza de lo alto; en pocos años la débil planta llegó á ser un árbol inmenso; los cristianos, según expresión de un antiguo apologista, todo lo habían invadido; llenaban la vasta extensión del imperio, y sólo dejaban á los paganos los templos de sus falsas deidades. Aquellas legiones innume-

rables daban incesantemente héroes á la tierra, y mártires al cielo; el edificio de la iglesia se engrandecía siempre, cimentado con la sangre de sus generosos hijos. ¡Cuántos nombres ilustres! ¡cuántos tormentos! ¡cuánto heroísmo! ¡cuánta gloria! Contad si podéis las estrellas que tachonan la celeste bóveda en una noche serena! ¡cuánto menos esas cohortes brillantes en que se confunden los blancos cabellos de los Pontífices con las rubias trenzas de las vírgenes; en que la túnica del esclavo, la clámide militar, la toga del senador teñíanse igualmente con la sangre que derramaban por Dios; en que se juntaban nombres consulares y nombres bárbaros; en que se confundían en fraternal abrazo representantes y embajadores de Judea y la Galia, de Roma y Etiopía, de Cartago y las colonias del Danubio! Durante tres siglos los testigos gloriosos de la Religión santa no cesaron de orar, de combatir y de morir; durante tres siglos las Catacumbas, las ciudades de los muertos, llenáronse de cuerpos santos desgarrados por los suplicios, y que tan hermosos aparecerán cuando amanezca el día que no acabará jamás; durante tres siglos la sangre de los

Mártires, vertida á torrentes, engendró por cada gota nuevos cristianos que veían en la vida fiel ó en la muerte violenta la entrada de la inmortalidad.

Durante tres siglos los reyes maquinaron en vano contra Dios y su Cristo; el Eterno se reía de ellos; ocultaba en el granero celestial los trojes de la preciosa mies segada por los perseguidores; su grandeza y su poder brillaban sólo en el heroísmo de sus hijos, hasta el momento en que saliendo de su reposo, rompió como vaso de barro los príncipes, los jueces y los verdugos. Herodes y Pilatos, Nerón, Domiciano y Decio, desaparecieron de la tierra; Diocleciano murió en la desesperación; Maximiano Hércules fué herido por esa mano divina que había irritado; Galerio murió consumido por una enfermedad vengadora, y mostró en sus últimos momentos un arrepentimiento que, semejante al del impío Antíoco, no fué tomado en cuenta; Licinio dobla la rodilla ante el Dios eterno; y Constantino, dispuesto para combatir contra Majencio en Puente-Milvio, ve en los aires la cruz triunfante, lee alrededor del celestial estandarte la promesa de la victoria, y poniendo toda su confianza

en aquella señal divina, da el ataque, combate y vence. Enarbólase la cruz al frente de los ejércitos; cincuenta soldados la llevan en sus broqueles, y victorioso de todos sus rivales, revestido en cierto modo de la fuerza divina, el hijo de Constancio reina sólo en el imperio de Augusto, que va á consagrar en adelante á Jesucristo. El santo Rey lo predijo: «Servid al Señor en el temor, alegraos en el temblor... ¡Felices los que en Él esperan!»

La guerra contra el Eterno habia cesado: Constantino iba á dar á la iglesia una paz y una libertad que no conocía; los cristianos bendecían á Dios; los paganos temblaban de cólera; una nueva era comenzaba para el mundo. Hacía trescientos tres años que el Cristo habia muerto y resucitado.

II

EL ABUELO

En medio de los disturbios que agitaban el Imperio, parecidos á las postreras convulsiones de un moribundo, á despecho de los Césares degollados, y de los bárbaros acampados en

las fronteras, que sólo se alejaban por medio del oro; en medio de la pública ansiedad, de la ruina de las propiedades, de la carestía de comestibles, del abandono de la agricultura, del decaimiento de todas las columnas en que se apoyaba la sociedad romana, quedaban todavía algunas existencias pacíficas á quienes no turbaban las amenazas de fuera, y que ignorantes del peligro se deslizaban como el corzo que en el fondo de los bosques vive sin miedo al venablo del cazador. Prósperos y apacibles corrían aquellos días para una joven consular, último vástago de su familia, que vivía bajo la protección de su abuelo, y que no advertía su orfandad, pues era amada; ni la ruina del Imperio, pues sólo conocía en este mundo sus libros, sus pájaros y sus flores. Lea Valeria tenía quince abriles, y aunque hermosa y dueña de vastas posesiones en la provincia de la Emilia, todavía no era desposada, pues su abuelo la guardaba en una estrecha y dulce reclusión. Vivía desconocida de todos aquella flor solitaria; no embelesaba otros ojos que los de su abuelo; nadie sino ella era su consuelo en las tristezas de la edad y en las amarguras más grandes que las calamidades

públicas derramaban en su corazón. Vivía por ella; iniciábala en los estudios serios; rodeábala de riquezas y comodidades en su pequeña pero hermosa morada del Monte-Celi, á donde se había retirado después de haber concluido la carrera de magistrado. Sus contemporáneos, reducidos ya á cortó número, explicaban esta soledad y tristeza en que Valerio se había sepultado, diciendo que había sobrevivido á todos sus hijos, que por grande que fuese la insensibilidad romana, lá muerte de su último hijo, el padre de Lea, le había herido en el fondo del alma haciéndole cobrar hastío al mundo, al ruido y á los honores!

Si buscamos á Lea, la encontraremos sola en la biblioteca de su abuelo, rodeada de multitud de papiros enrollados que contenían todo lo que Roma y Grecia habían producido de grande y noble desde Herodoto, padre de la historia, hasta Floro; desde el himno de Alceo hasta las últimas balbucencias de la Musa latina. Varios bustos y estatuas de mármol adornaban aquel vasto aposento; una mesa muy bella con piés de bronce ocupaba el centro, y junto á ella la hermosa romana leía ab-

sorta un manuscrito que llevaba en su primera página el nombre de Esquilo.

Sus ojos se fijaban por vez primera en el *Prometeo encadenado*, fábula extraña que parece á la vez un recuerdo de las primeras tradiciones de la humanidad y una profecía del porvenir, semejante á aquella en que Platón ve al justo por excelencia sufriendo y entregado por sus hermanos. Leía con sorpresa la escena en que la Violencia personificada ordena á Vulcano que ate en el Cáucaso con cadenas de diamante al amigo de los hombres, al hombre de corazón de fuego, á Prometeo. Enternecíanla las quejas que salían de sus elocuentes labios, cuando el augusto vencido, viéndose solo, exclama:

«¡Oh divino Éter! ¡oh alado soplo de los vientos, manantiales de los ríos, olas sin fin que rizais la superficie de los mares! ¡oh tierra, madre de todos los séres, y tú, oh sol, cuyas miradas abarcan toda la tierra, ved qué tratamiento recibe un dios por parte de los dioses! ¡Ved las indignas cadenas que el rey de los inmortales ha forjado para mí!... Desgraciado, los favores que de mí han recibido los mortales son los que me acarrean tantos

rigores. Yo he robado el fuego del cielo, que se ha convertido para ellos en el principio de todas las artes, en origen de mil ventajas: tal es el crimen por que me veo encadenado y expuesto en esta roca á todas las injurias del viento... ¡Ah! cualesquiera seáis, venid, y ved cargado de hierros un dios infortunado cuyo amor á los hombres le ha valido la cólera de Júpiter».

Lea apoyó la cabeza en sus manos, y se puso á meditar. Su entendimiento se había nutrido en la literatura de los antiguos, pero su alma no tenía otros alimentos que las fábulas groseras del politeísmo: su abuelo había alejado de ella toda enseñanza que no estuviese conforme con las tradiciones romanas; tal vez había visto algunas almas á quienes la averiguación constante de la verdad había conducido al Evangelio, y temía por su nieta todo lo que se apartaba de los dogmas positivos de la mitología pagana. Lea no había paseado aún sus ojos fuera de este limitado horizonte, y las palabras del viejo Esquilo acababan de producir en su entendimiento una primera duda, una perplejidad que sorprendía el candor de su fe.



Su abuelo entró cuando aún estaba embobado en sus pensamientos. Al verle se levantó, y le saludó con respeto; y él la miró con ojo complaciente. Lea le echó los brazos al cuello, y le besó su blanca barba, diciendo:

—Padre mío, vuestra ausencia me tenía inquieta ¡cuánto habéis tardado! ¿Os ha entretenido la palestra?

—No, hija mía; la palestra no es para mi edad. He ido al baño, y he dado un largo paseo con algunos viejos amigos bajo la galería de Faustino... Pero, todavía es temprano, y podríamos leer un poco los autores griegos. ¿Has probado de traducir las églogas de Teócrito?

—No, padre mío, contestó sonrojada; confieso que no me gustan estos versos consagrados al amor: prefiero los pastores del Lacio á los zagales de la Sicilia.

—¿Habrás leído á Orestés?

—Todavía no; leía á Esquilo, y la figura de Prometeo me tenía absorta. ¿Cómo es que nuestros dioses, en cuya bondad creemos como en su poder, fueron tan crueles con un semi-dios, favorable á los mortales? No sé explicar-me tales rigores. Y Prometeo ¿no anuncia á Ío

la caída de Júpiter? Ved, padre mío; Esquilo lo dice, y la Grecia reunida le oía: «¡Verá hundirse su treno y desvanecersele el poder! Que venga entonces á hacer retumbar el trueno y á blandir con sus manos saetas inflamadas, nada le librará de una caída ignominiosa». Padre mío, explicadme este misterio: ¿por qué á Júpiter le dominan pasiones tan crueles, semejantes á las de los tiranos? ¿por qué si es inmortal, le amenaza Prometeo con su caída?

—Ficciones de poeta, hija mía.

—Pero la Grecia, tan respetuosa con los dioses, las ha aplaudido.

—¡Son tan vanos y ligeros esos griegos!

—No obstante, ¿quién más religioso que Píndaro y Eurípides?

—Repito que son ficciones de poeta, así los himnos de Píndaro como las maldiciones del hijo de Japet. No nos ocupemos de los griegos sino para admirar esos dones maravillosos que las Musas les han prestado, y sirvamos, al modo de nuestros abuelos, á los dioses que les fueron tan propicios. Veneremos con los antiguos sagrados ritos á esas deidades que nos dieron el imperio y que pueden dar todavía á los hijos de la Loba el poder suficiente para

recobrar el cetro del mundo. Los anales de Roma son el más cumplido elogio de sus dioses, y no sin justicia los triunfadores suben al templo de Júpiter Capitolino y cuelgan de su altar los trofeos conquistados á las demás naciones!

Lea no estaba convencida y continuó:

—Pero este libertador, que Prometeo espera, ¿en dónde está? ¿acaso vendrá?

—Este libertador es Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Él rompió las ataduras que tenían sujeto á Prometeo allá en el Cáucaso.

—¡Cómo! repuso Lea; á Hércules, quemado por la túnica de Nessus; á Hércules, que hilaba á los piés de una mujer, ¿á este Hércules adjudicó Prometeo tan magníficos elogios? ¡Oh padre mió! me parece que el que luchó contra los dioses, el que libertó al hijo de Japet, debía ser más noble que Hércules.

—Estos pensamientos no son para tu edad, dijo el abuelo mirándola con cierta inquietud; deja de leer esas oscuras tradiciones de la Grecia, nutridas con las fábulas del Egipto y de la India, y volvamos á la historia: ahí tienes a Jenofonte; á ver cómo me traduces la muerte de Ciro.

—Vuestro gusto es el mio, dijo Lea; nada más hermoso ni más dulce que Jenofonte; lo prefiero á nuestro Tácito.

—¡Afeminado gusto! repuso el anciano. ¿Qué hay más terrible para los tiranos que un Tácito?

III

VERDAD

El anciano, saliendo de la biblioteca, bajó á un hermoso jardín que rodeaba la casa: allí los altos pinos, los laureles grandes como árboles, los fresnos con sus colgantes ramas, difundían á todas horas plácida sombra y dulces murmullos. Allí paseó un buen rato, silencioso, meditabundo, contando los días de vida transcurridos, pensando en otros séres y acontecimientos de que nunca hablaba á nadie, y que sin embargo eran el asunto de sus continuas meditaciones. Ahora esperaba á su amigo Cornelio que, tres veces cada semana, venía á cenar y platicar familiarmente con él, á la manera de los antiguos romanos, siendo su único recreo la amigable conversación, sin ne-

cesidad de mezclar en ella tañedoras de flauta ó combates de gladiadores, y prolongando la comida, sin otros postres que las nueces, los higos y los vinos recolectados en las posesiones de Valerio. Al fin llegó Cornelio con paso acelerado, y saludó á su amigo. Aunque ambos tenían igual edad, y habían nacido bajo el mismo consulado, el abuelo de Lea parecía más viejo que Cornelio, tal era la austera gravedad que en sus facciones habían impreso los cuidados y las reflexiones taciturnas. Cornelio tenía una fisonomía vivaz, jovial y curiosa que recordaba Atenas mejor que Roma; su traje no guardaba armonía con el uso romano, al cual su amigo se mantenía rigurosamente fiel; no vestía la toga blanca ni el manto de lana; su vestido de púrpura tenía siete fajas blancas; su calzado era de forma germánica; llevaba en el cuello y en los dedos algunos amuletos y sortijas que los romanos á la antigua dejaban para las mujeres y los libertos. Pedro Valerio disimulaba en el amigo de su juventud lo que llamaba debilidades, y le acogió con toda cordialidad.

—¿Sabes lo que ocurre? preguntó Cornelio sentándose en un banco cercano á una bulli-

iosa fuente. ¿Ignoras que el Emperador, el Augusto, el hijo de Constancio en fin, va á proclamar la Religión de Cristo y juntarse á los adoradores del Dios judío? Este es el objeto de todas las conversaciones bajo los pórticos y entre todos nuestros amigos. ¿Quién hubiera creído que las doctrinas predicadas en casa del senador Pudente por un viejo hebreo, que esas doctrinas perseguidas con el hierro y el fuego por todos nuestros emperadores, llegarían á ser proclamadas en el campo de Marte por el sucesor de Diocleciano?

—Esto es la ruina del Imperio, dijo Valerio palideciendo. Si los dioses del Lacio se van, dí que el imperio de los viejos Sabinos y de los hijos de Eneas está á punto de desaparecer de la faz de la tierra.

—¡Qué! ¡los dioses del Lacio! ¿quién creerá todavía en esos viejos dioses (Eques, en los feroces dioses de los Sabinos, en las divinidades más risueñas del Olimpo? Tiempo hace, amigo mío, que los dioses del Oriente, Mitra, Isis, Orisis, Serapis, etc., tienen en Roma templos que aventajan al de Júpiter, de Vesta ó de la buena Diosa.

—Sí, conocidas tengo las supersticiones ex-

tranjeras, pero al menos nunca un César vestido con la púrpura se ha atrevido á proclamarlas como dioses del imperio y á sustituir el águila romana por el instrumento que sirve de suplicio á los esclavos!

—Confiesa, amigo mío, que esta audacia que da á Constantino su reciente victoria sobre Majencio, otro emperador cuyo nombre y cuyas virtudes veneras, Alejandro Severo, hubiera querido hallarla en su corazón. Amaba á los cristianos.

—Su madre Mamea pertenecía á esta secta.

—Y Filipo de Arabia no era del todo extraño á ella. Hay que ser de su tiempo, Valerio, y no puede negarse que los cristianos ocupan hoy un gran lugar en la sociedad romana. Hállanse en todas partes, todas las familias cuentan algunos de sus miembros afiliados á esos misterios, y tú también.

—¡Silencio, exclamó Valerio con voz alterada; no invoques este recuerdo, ni me hables favorablemente de los cristianos! ¡Sabes cuántos motivos tengo para aborrecerlos!

—Por mi parte, repuso Cornelio con calma, sólo miro esta cuestión bajo el punto de vista de la política y de la filosofía. El imperio está

debilitado por sus largas divisiones; las costumbres y el carácter público están relajados; tenemos los bárbaros en las fronteras, y es ya tiempo de que la república se apoye sobre nuevos defensores. Los cristianos son en número inmenso, y se encuentran en todas partes, en las Galias, en Oriente, no menos que en Italia; si cesamos de perseguirlos, ofrecerán gustosos al poder sus brazos, sus riquezas, su influencia; serán como una haz de leña que el pastor arroja á un fuego próximo á extinguirse. En cuanto á su doctrina, es magnífica; y Marco Aurelio, cuyos escritos divinos admiramos, ¿no debió algunos de sus más elevados pensamientos á la filosofía de los cristianos?

—¿Eres cristiano? preguntó con asombro Valerio á su amigo.

—No; lo juro como romano que soy; pero admiro sus sentencias tanto ó más que las del Pórtico ó de la escuela de Epicteto. Curiosidad de filosofía. Los antiguos viajaban por Egipto y el Oriente en pos de la ciencia, sin creerse obligados á postrarse ante los altares de donde la habían recibido.

—No puedo avenirme con tu indiferencia, contestó Valerio; estas cuestiones que tan li-

geras te parecen, penetran en el fondo de mi corazón y quebrantan mi existencia.

Cornelio miró á su amigo; y quedó sorprendido y contristado al ver la palidez y la agitación impresas en su rostro.

—Tengamos calma, dijo Cornelio; ¿quién sabe lo que nos reserva el día de mañana? Tus esclavos nos anuncian la cena; vayamos á hacer nuestras abluciones, y olvidemos esos discursos.

La cena no fué larga, ni alegre; y al despedirse Cornelio, su amigo le estrechó la mano diciéndole:

—Si muero, serás el tutor de mi querida nieta; pero ten presente que no quiero que sea cristiana. Es mi voluntad expresa; cuento contigo.

IV

LA PROCLAMACIÓN

Próximo á la plaza de Trajano, cerca de la columna del gran Emperador que venció á los dacios y á los partos, elevábase la vasta basi-

lica Ulpiana (1), situada entre dos bibliotecas públicas que encerraban los tesoros de la venerable antigüedad. En aquel sitio había Constantino convocado al Senado y al pueblo romano.

Constantino había vencido á todos sus enemigos: Licinio, uno de ellos, acababa de cederle la púrpura y de saludarle como su señor y soberano. Reinaba solo en el mundo y este mundo lo consagró á Dios. Fue, pues, un día solemne aquel en que cristianos y paganos se reunieron en el inmenso edificio elevado á la memoria de Ulpiana.

Constantino, seguido de sus oficiales y apoyándose en su hijo Crispo, adolescente de amable semblante, entró en la basilica y ocupó un sitio en el ábside, sentándose en una silla de marfil reservada al magistrado. Paseó una tranquila mirada sobre la asamblea, hizo una señal con la mano indicando silencio, y dijo:

(1). Las basilicas, palabra que en lengua griega significa *casa real*, eran en Atenas el lugar en que el arconte ó magistrado administraba justicia: igual destino tuvieron en Roma, y se dió aquel nombre á las iglesias cristianas que imitaron también su arquitectura.

«Senado, patricios, cónsules, caballeros, pueblo romano, os he reunido en este recinto para manifestaros mis designios, deseando de lo íntimo de mi corazón que vuestros deseos y vuestras voluntades sean conformes á las mías. Las funestas divisiones de los espíritus no pueden tener término feliz mientras un rayo de la pura luz de la verdad no ilumine á los que están rodeados de las tinieblas de una profunda ignorancia. Es preciso, pues, abrir los ojos de las almas y renunciar al error de la idolatría. Abandonemos esta superstición que ha tomado origen de la ignorancia y que ha sido nutrida por la sinrazón. ¡Que el Señor Dios, único verdadero, que reina en los cielos, sea verdaderamente adorado! ¡A Él solo honor y gloria!

»En cuanto á Nos, puesto á la cabeza de este Imperio, queremos que sepan todos que hemos abjurado el error del Paganismo, mediante los auxilios de Jesucristo, nuestro Dios. Y para no entreteneros con un largo discurso, vamos á declarar en breves términos lo que creemos deber disponer.

»Queremos que los templos sean abiertos á los cristianos, de manera que los Pontífices de

la ley cristiana gocen de los privilegios conferidos á los sacerdotes de las iglesias.

» Para hacer conocer á todo el universo que humillamos la cabeza ante el verdadero Dios, ante el Cristo, hemos resuelto construir en su honor una iglesia en el interior de nuestro palacio. Así probaremos al mundo entero que no ha quedado en nuestra alma ni un vestigio de duda, ni un resto de nuestros pasados errores.»

Estas últimas palabras las pronunció Constantino con clara y vigorosa entonación.

Un ruido como de trueno resonó en aquel momento en la inmensa basílica. Era la voz de los cristianos, que clamaban á un tiempo:

—¡Infelices los que niegan al Cristo! ¡No hay más Dios que el Dios de los cristianos! ¡Cierrense los templos de la idolatría, ábranse las iglesias!

Los cristianos repetían estas aclamaciones con entusiasmo creciente, mientras los senadores, dominados por una tristeza hostil, bajaban la cabeza, y á hurtadillas echaban miradas de cólera sobre aquel pueblo transportado de un santo júbilo. La ola popular iba creciendo: no era aquello solamente la alegría del triunfo, era una amenaza á los persegui-

dores de la víspera, entre los cuales reconocía la multitud á los acusadores ó los jueces de los Mártires.

—¡Sean expulsados de Roma los sacerdotes de los ídolos! ¡Afuera los que todavía hacen sacrificios! ¡Hoy mismo, César, disponed que hoy mismo sean echados de esta ciudad!

Los clamores del pueblo hacían temblar aquellas bóvedas; palidecían los senadores; Constantino se levantó, y su voz dominó el tumulto.

Con majestad inexplicable dirigió otra vez á la asamblea palabras de moderación y de dulzura, que hicieron estallar de nuevo la ardiente alegría del pueblo, pero esta vez los vencidos del todo tranquilizado mezclaron sus aclamaciones con los gritos de los vencedores.

—¡Larga vida al César! clamaban los paganos.

—El que honrará al Cristo hollará á sus enemigos! repetían los cristianos.

Los sacerdotes, muy numerosos en la asamblea, elevaban sus alabanzas al mismo Cristo y exclamaban con santa alegría:

—¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!

Un gozo inefable, que el mundo apenas co-

noce, ensanchaba todo los corazones; la misericordia y la justicia habían vuelto á encontrarse, y parecía que en lo sucesivo nada podía turbar el reposo del universo pacificado bajo la Cruz, y que habían llegado ya los tiempos predichos por el Aguila de Patmos:

«Veo un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido. Yo, Juan, ví la santa ciudad, la nueva Jerusalén que venía de Dios y descendía del cielo, adornada con una esposa para recibir á su esposo.

»Y oí una voz fuerte que salía del trono y que decía: Hé ahí el tabernáculo de Dios con los hombres: Él habitará con ellos: ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, morando con ellos, será su Dios. ¡Él enjugará las lágrimas de sus ojos!» (1)

Los sacerdotes se repetían unos á otros estas palabras que no deben cumplirse en la tierra, y elevaban al cielo nuevas voces de alegría y de reconocimiento. El emperador saludó á la asamblea, y seguido de una inmensa muchedumbre que esparcía hojas de laurel y

(1) Apocalipsis, cap. XXI.

flores por el camino que debía recorrer, volvió á su palacio de Letran.

Habíase extendido aquella nueva por toda la ciudad, y estando ya cercana la noche, coronas de lámparas y de antorchas iluminaban todas las calles del tránsito; el Coliseo, regado con la sangre de tantos cristianos, y las Ternas de Tito, que recordaban la caída de Jerusalen, parecían un ascua de fuego; en la entrada de la mansión imperial las antorchas difundían una luz semejante á la del día, y al rumor de las aclamaciones populares entró Constantino en su palacio, después de aquel acto augusto, uno de los más grandes que el hombre haya podido cumplir aquí abajo; mientras tanto los cristianos no cesaban de gritar:

—¡El que honre al Cristo triunfará siempre de sus enemigos!

Toda la ciudad se vió inundada de alegría, y desde el amanecer del día siguiente todos los sacerdotes ofrecieron el incruento sacrificio por el pacificador de la Iglesia.

Pocos días después, por disposición del Senado, se echaron los fundamentos de aquel arco de triunfo que aún hoy subsiste, y en el cual se lee esta hermosa inscripción:

Á CONSTANTINO

FUNDADOR DE LA PAZ

V

LA MUERTE

En la tarde de aquel mismo día Lea se hallaba sola con su abuelo. Hilaba una lana de color de ámbar, destinada en su secreto pensamiento á formar un día el velo de sus esponsales, mientras su abuelo con un volumen de Aulo Gelio en la mano y la cabeza inclinada sobre el papel, estaba sin leer y parecía sumergido en una profunda meditación. La frente serena y la mirada dulce y tranquila de la joven formaban cierto contraste con el aspecto del anciano, naturalmente severo, y que ahora parecía cargado de cuidados. La palidez de su rostro era mayor que de costumbre: muchas veces su nieta intentó hablarle, haciendo girar la conversación sobre los asuntos que le eran más gratos; pero apenas contestaba, reinando luego el mayor silencio. Un esclavó entró la lámpara; comenzaba entonces



una larga velada de otoño, y á lo lejos se oía la confusa gritería del pueblo. Esta llamó a fin la atención de Valerio que dijo:

—¿Es señal de que ha concluido la vendimia, la fiesta de Baco? Me parece que oigo cantar...

Interrumpióle el sonido de una trompeta: apagóse todo rumor, y una voz fuerte, la voz de un heraldo anunció el decreto de Constantino concediendo libertad al culto cristiano. Sus palabras, breves y claras, llegaron á oídos de Valerio, que se levantó con pie inseguro mientras un inmenso clamor resonó en la calle:

—¡Larga vida al Emperador! ¡Déle el Cristo la victoria!

Valerio entonces extendió los brazos en el vacío. Su nieta corrió á sostenerle. Un débil carmín cubrió su rostro, tan pálido un momento antes; quiso hablar... sus labios balbucearon algunos sonidos inarticulados, y apoyándose en el hombro de Lea, se inclinó, aderezóse un poco, y cayó sin conocimiento. Una hora después aún no había recobrado sus sentidos; su corazón latía apenas bajo la mano del médico: Lea, de rodillas y anegada en llanto,

aguardaba una señal de existencia, una palabra, un gesto; y espantada por aquella inmovilidad, semejante poco menos que á la del sepulcro, dijo en fin al médico:

—¿Hay esperanza?

El médico meneando la cabeza, respondió:

—Los socorros no han producido efecto; la vena no ha fluido sangre... probaré algún otro recurso... pero confío poco, pues una fuerte conmoción le ha trastornado el cerebro.

Los perfumes y una sangría reanimaron una chispa de vida en aquel cuerpo inerte. Valerio abrió los ojos, y echó en torno suyo una mirada vaga. Lea le besó la mano y se anunció dulcemente, pero él pareció no oírlo: lo que en él restaba de inteligencia, de sentimiento, de voluntad, no obraba sino bajo una última impresión, bajo una emoción suprema que vibraban todavía en medio de los órganos moribundos; desapareció de su memoria todo otro recuerdo, y con voz trémula y con tono de exasperación dijo:

—¡Los cristianos victoriosos!... ¿y los edictos de los Emperadores?... Todos han perseguido la secta impura; todos, Trajano, Marco Aurelio, el más dulce, el más clemente de

los hombres, han tenido horror al nombre cristiano!... ¡Los cristianos á los leones!

Interrumpióse, y miró adelante con una expresión tal que parecía dar á aquel rostro agonizante, el aspecto de una máscara trágica:

—¡Tú también! ¡tú también!... ¡Con que tú eres de los suyos!... ¡Pues bien! ¡muere como ellos! ¡los cristianos á las fieras!

—Padre mío, exclamó Lea, calmaos, no soy cristiana, soy vuestra hija, vuestra Lea, vuestra obediente Lea...

—¡Dioses infernales, diosas de cabellos de víboras, perros ladrones, yo os entrego los cristianos! ¡No haya piedad para los sectarios del Cristo!

Estremeciósese á estas palabras, y con voz apagada dijo, haciendo con las manos un débil gesto:

—¿Por qué me muestras tus miembros ensangrentados? Y tú, mujer, ¿por qué me miras desde el fondo de las llamas?..... ¡Confesar á Jesús! ¡yo! ¡jamás! ¡los cristianos á las...

No pudo concluir, y cayó sin vida sobre el lecho. Despuntaba la aurora, y voces armoniosas y fuertes rompieron de nuevo el aire: eran

los cristianos que cantaban el himno triunfal sobre la caída de Babilonia, y los transportes de su alegría se manifestaban en sus acentos elevados.

«El Señor ha roto el cetro de los impíos y la vara de los crueles dominadores.

»Ha derribado al que hería á los pueblos en su furor, al que los hería sin descanso, al que perseguía las naciones en su cólera.

»Ahora toda la tierra está en reposo y en paz, y lanza gritos de alegría.

»Los abetos y cedros del Líbano se burlan de tí. Duermes, han dicho; ¿quién subirá ahora para abatirnos? Tu orgullo ha caido en el infierno; bajo tu cadáver bullen los insectos inmundos; los gusanos son tu vestidura (1)»

Las voces se alejaron; el frío cadáver quedó en su lecho, y los esclavos se llevaron á Lea deshecha en llanto.

Pasados tres días, los funerales de Aulo Valerio fueron celebrados con toda la pompa del Paganismo. El cuerpo, envuelto en aromas, fué quemado en una hoguera fuera del recinto de Roma, y las cenizas, recogidas en una ur-

(1) Isaías, ca p. XIV.

na, fueron conducidas al sepulcro de sus abuelos. Un numeroso cortejo acompañaba aquellos restos; los parientes, los amigos, los clientes, los libertos, los esclavos, todos con antorchas en la mano, escoltaron los restos de su pariente, amigo, protector y dueño, hasta la cueva cuyos nichos encerraban las cenizas de los cónsules, magistrados y matronas del mismo tronco. El lúgubre sonido de las bocinas ordenaba la marcha del cortejo, y un amigo de Valerio pronunció un discurso que terminó con las palabras de costumbre: *¡Adiós! ¡séate la tierra ligera!* Después de lo cual quedó terminado.

Lea fué acompañada á su casa por su tutor Cornelio, que se esforzó en calmarla y consolarla; pero las escenas de los últimos días habían dejado en el espíritu de la joven una huella tan profunda, que al fin sólo pudo arrancar de ella las siguientes palabras:

— ¡Yo no sabía que fuese tan terrible el morir! Los filósofos me habían persuadido que la muerte no era más que un tránsito á otra vida, pero he visto con mis propios ojos lo terrible de aquel combate. ¡Cuánto ha sufrido mi pobre abuelo!

Esto diciendo, Lea se estremecía; y Cornelio la miraba con compasión.

—Hija mía, díjola al fin, pues me asiste el derecho de llamaros con este nombre; no debéis quedaros sola aquí, en esta casa en donde habéis visto morir tan de imprevisto á mi viejo amigo. Aunque soy vuestro tutor, no puedo acogeros en mi casa, porque vivo solo, en una libertad que no conviene á una doncella de vuestra edad y condición. Después de reflexionar sobre este punto, he hablado de él á mi hermana Cornelia, que vive en su magnífica posesión de Tibur con su hija Antonia. Allí seréis bien acogida; en mi hermana, dignísima matrona, hallaréis una protectora, y una amiga en mi sobrina. Permaneceréis en su casa hasta vuestro enlace, y por mi parte administraré vuestros bienes de manera que aumente vuestra dote; en una palabra, no tendréis motivo alguno de queja contra vuestro tutor. ¿Os conviene mi proyecto?

—Estoy pronta á obedeceros, dijo Lea con sumisión.

—Voy á disponer que vuestros esclavos os preparen la litera, y os escoltaré á caballo hasta Tibur.

La noche había extendido sus sombras, y la luna reflejaba en las aguas su disco plateado, cuando Lea, cansada del viaje, quebrantada por tan repentinas emociones, bajó en el umbral de la casa de Cornelia. Una joven la recibió en sus brazos, diciendo con afectuoso tono:

—¡Lea Valeria! ¡os aguardábamos! ▲cabáis de llegar á una casa amiga.

—¡Los dioses me sean propicios! exclamó ella con voz débil; ¡y también á vosotras mis nobles huéspedes.

—Venid, dijo Antonia; os aguardan la cena, el baño ó la cama. Estáis en vuestra casa: mandad.

VI

TÍBUR

Las primeras semanas que siguieron á la muerte de Valerio las pasó su nieta en un riguroso duelo, que existía en el fondo de su alma tanto ó más que en sus vestidos, pues la memoria de su abuelo constantemente le recordaba rasgos de una bondad constante. Se-

vero con todos, se había mostrado siempre indulgente con su infancia y su debilidad, y el retiro absoluto á que la había reducido, nunca le había sido penoso: el estudio, los placeres inocentes, los trabajos fáciles, le habían hecho amable la soledad: y por esto lloraba amargamente la serenidad de aquellos días, y la pérdida de aquel anciano, único pariente que había conocido, y cuya muerte la dejaba sola en el mundo. Poco á poco, el tiempo y la amistad que le manifestaba Antonia hicieron su obra; Lea fué distrayéndose poco á poco, dió entrada al consuelo, y al fin se serenó del todo su imaginación anublada por los más tristes pensamientos.

Antonia, á quien un poeta hubiera comparado con la riente Talia, era muy jovial y graciosa; Lea, grave y algo pensativa, más semejante á la severa Polimnia, en nada se le asemejaba, y sin embargo las dos se amaban, buscábanse sin cesar, y recíprocamente procuraban estudiarse y comprenderse. Antonia sobre todo no se cansaba de preguntar á su compañera, cuyo candor, talento é inocencia no sabía explicarse.

—¿Quién te ha instruido de este modo, querida Lea? le preguntó un día.

Estaban sentadas cerca de una cascada que saltando entre las peñas salpicaba con su espuma los piés de las dos jóvenes, y Lea, llena de entusiasmo ante aquel hermoso espectáculo, acababa de recitar una estrofa de Horacio.

—Veo que conoces los versos de todos los poetas, los escritos de todos los prosistas, los acontecimientos de todos los consulados; por mi parte, sólo sé que Roma fué fundada por Rómulo, y que vivimos bajo Constantino, sucesor de no sé cuantos Augustos y Césares, más bárbaros unos que otros.

—Mi abuelo Valerio, quiso que me instruyera en las letras griegas y romanas; á él debo lo poco que sé.

—¿Y cómo te ha mantenido en tan absoluto retiro? Nunca asistes á los templos: ni al anfiteatro, ni á las casas de tus amigas... ¡Una cristiana no estaría más rigurosamente guardada!

—Y sin embargo no soy cristiana.

—Así lo veo. Eres devota de los dioses co-

mo el que más; haces ofrendas á los lares, ruegas á Minerva y á Vesta, y el otro dia hiciste inmolar víctimas á los manes de tu abuelo.

—Cumpló con mi deber, querida Antonia; ¿no haces tú otro tanto?

Antonia sacudió su negra cabellera prendida con cintillas de plata, y dijo resueltamente:

—¡No! Creo muy poco en los dioses para que les ofrezca hecatombes! ¿No es muy triste sacrificar á esos grandes dioses de bronce las pobres ovejas y los mansos bueyes?

—¿Acaso eres cristiana? exclamó Lea con una especie de terror.

—¡Yo! ¡no! voy observando; mi madre Cornelia, que es una matrona sabia y á quien respeto mucho, examina también: apenas cree en los dioses del Imperio, mientras profesa cierta afición á las divinidades del Oriente; su arúspice caldeo cree en los astros y en sus coyunturas felices ó funestas; rinde culto al sol, y á veces cuando despunta la aurora, la encuentro postrada aguardando que luzca el primer rayo para adorarlo. Un hermano mío, tribuno de la Grecia, se dedica al estudio de la filosofía y busca una receta para ser feliz; y

y en España tengo otro hermano pretor, indiferente á todo, pues no es cristiano, ni servidor de Júpiter Capitolino, ni discípulo de Platon: es un pirroniano; nada más.

—¿Y no te repugna el cristianismo, que tanto horror inspiraba á los antiguos romanos?

—No, dijo Antonia; algunas de sus máximas que conozco, son hermosas; lo que sé de sus seguidores, es heroico.

Esto diciendo, tiñó sus mejillas un ligero carmín, y se puso colorada.

—¿Conoces tú á los cristianos? preguntó al fin á su amiga Lea.

—No; mi abuelo los aborrecía, y aun su imagen vino á turbar sus últimos instantes. ¿Y tú conoces á algunos, querida Cornelia?

—No es posible vivir en Roma sin conocerlos: y además ¿no cuento por amiga á la hija de nuestro Emperador, Constancia, que es cristiana como toda su familia? ¡Y cuántos otros pudiera citarte! He conocido también algunos mártires: Félix, uno de sus Obispos, que murió por la espada; Gorgonio y Doroteo, que fueron arrojados al mar; Marciano, que fué cruelmente torturado, y otros, y otros...

—¿Piensas hacerte cristiana?

—¡Oh! ¡no! la severidad de su Evangelio me espanta; fuera de que ¿soy acaso dueña de mi suerte? ¿no estoy desposada desde mi infancia con Anicio, hijo del cónsul, amigo de mi padre? No soy libre para escoger, ni para querer....

Una nube de tristeza cubrió sus hermosas facciones, clavó sus ojos en el agua de la cascada, y señalándola con la mano exclamó:

—¡Ella se deleita en saltar y quiere escaparse, pero es retenida en límites inflexibles!..... ¡Así también yo!

Lea abrazó á su amiga, y le dijo con ternura:

—¡Feliz tú que te ves encadenada por los lazos tutelares de una familia y, que no eres una desgraciada huérfana sin guía ni sostén! Yo no conocí á mi madre; mi padre murió lejos de mí en la Germania; sus cenizas yacen en el destierro, y he perdido en mi abuelo á mi protector y á mi último pariente.

Callaron las dos: los ojos de Lea divagaban por aquel bello paisaje, coronado por las paredes y los pórticos de la quinta de Horacio, cuando se sorprendió al ver dilatarse sobre la roca una sombra humana que bajaba hacia ellas: pronto vieron acercarse un hom-

bre, y si en aquel momento Lea hubiese mirado á su compañera, habría visto asomar en sus morenas facciones un ligero carmín y sus labios agitados por un temor apenas perceptible. Aquel hombre era todavía joven, alto, fornido; su figura regular parecía de bronce animado y palpitante; vestía una túnica de lana cenicienta que dejaba descubiertos sus brazos y piernas; calzaba sandalias, y llevaba en la mano un palo encorvado. Cuando estuvo cerca de las dos jóvenes, las saludó sin levantar apenas los ojos, diciendo:

—¡El Señor sea con vosotras!

Y como siguiese adelante, Antonia le preguntó:

—¿De dónde venis, Sexto?

—De vuestra posesión de Tillacum, noble señora; he hecho la cuenta de los rebaños y de la cosecha del vino y del aceite.

—¡Ah!... ¿y ahora?

Un ligero sonris se dibujó en los labios de Sexto, como si hubiese respondido á la pregunta curiosa de un niño. Y señalando con la mano un cerro que había á la vista, dijo:

—Voy allí á orar sobre la tumba de Sinfrososa y sus siete hijos.

—¡Id! dijo ella.

El joven saludó y continuó su camino. Sin querer, Antonia le seguía con los ojos, y volviéndose á Lea, dijo:

—¡Ahí tienes á un cristiano.

—¿Quién es este joven?

—Es un africano, natural de Cartago, libertado de mi padre y mayordomo de nuestras posesiones rurales. Ha sufrido mucho por su fe, pues bajo Galerio fué arrestado y expuesto á las bestias. Aquel día el pueblo hizo gracia á los condenados, y Sexto volvió entre nosotros. Es un fiel servidor. ¿No has visto en sus piés la señal de los anillos de hierro, y en sus brazos la de las tenazas? Es que le sometieron á prueba en el potro.

—No he visto lo que dices, y sin embargo le he mirado: va vestido como un pastor de Teócrito, si bien su aspecto es más noble.

Lea deseaba saber y comprender lo que ignoraba.

—Y ¿quién es Sinforosa? preguntó; ¿cuál es su historia?

—Es la viuda de un oficial de Trajano que fué martirizado sobre aquella colina con sus siete hijos. Como dice Sexto, aquella mujer

sufrió ocho veces. ¡Lea! ¡hay grandes almas entre los cristianos!

Y Lea meditabunda se preguntaba en su interior:

—¿Por qué, pues, mi abuelo les aborrecía?

VII

LA HIJA DE CONSTANTINO

En las primeras horas de la mañana Lea sola en su aposento, con el *estilo* (1) en la mano, escribía en dísticos latinos una traducción de la Antología griega. Estudiaba con el mismo cuidado que cuando su abuelo presidía sus trabajos; seguía una misma regla de vida, leyendo, escribiendo, ó tomando el huso y la aguja, todo alternativamente: honrando á sus dioses de igual manera, y esforzándose en reproducir en su vida y en sus ideas la mujer romana de otros tiempos, altiva, púdica y entregada á sus deberes.

La casa de la noble Cornelia, elegante,

(1) Punzón de que se servían los antiguos para escribir.

suntuosa, llena de extraños inventos del Asia, del Africa y de la Galia, en nada recordaba las severas costumbres de los antiguos ciudadanos; Clelio y Porcio no habían vivido bajo techos de oro y cedro; el altar de los dioses lares en el vestíbulo, y las efigies de los antepasados en el triclinio, recordaban apenas los antiguos tiempos. Cornelia, de un natural inquieto y supersticioso, se hacía explicar los sueños que tenía, consultaba el porvenir y pasaba largas horas en conferencia con un sabio venido de orillas del Eufrates. Antonia perdía mucho tiempo en el tocador y divirtiéndose con sus criadas; leía un poco, pulsaba la lira, cultivaba sus flores y se entretenía con sus pájaros y sus gacelas: sin embargo, por dulce que fuese su vida, por risueña que apareciese su frente, había en el fondo de esa límpida fuente un negro y triste pensamiento: la desposada de Anicio no era dueña de sí misma, y se esforzaba en reír para aprender á olvidar. Para cerrar los ojos al porvenir, extendía ante ellos un velo tejido de rosas; con todo, no puede uno engañarse á sí propio, y el eco de un nombre, el ruido de pisadas en la casa, la hacían palidecer ó coloraban sus mejillas.

Entró en la cámara en que Lea estudiaba, después de haberse engalanado más de lo acostumbrado, lo que la hacía más hermosa. Al verla, dijo Lea:

—¡Tan de mañana! Aún no ha asomado el sol, y te has puesto ya un vestido de seda de Cos... y estos pendientes de esmeraldas... y esta encantadora corona de flores..... y este velo ligero como el céfiro..... pues ¿qué ocurre?...

—¡Ah! ¡hoy es un día de fiesta! dijo Antonia abrazándola: ayer al anochecer llegó un correo, cuando ya te habías retirado á descansar. Trájonos una carta de una persona algo pariente, y muy amiga nuestra, aunque en posición mucho más elevada; es decir, la hija del Emperador, Constancia, mi amable parienta, á quien jamás podré decidirme á llamar Augusta, ni Eternidad; mejor la llamaré Serenidad, ¡tan apacible es su semblante!

—Con que, ¿en honor de la princesa Constancia te has vestido con tus mejores galas?

—Sí; hoy debe visitarnos; mi madre ha dictado disposiciones para la comida; y por mi parte he preparado los instrumentos músicos y los juegos; pero no le ofrecemos danzas mí-

micas, ni las bufonadas de los enanos, pues su severidad no se aviene con tales diversiones, y su salud es tan delicada, que necesita mucho silencio, reposo y amistad.

—Todo esto encontraré en vuestra casa y en vuestro corazón, cara Antonia.

—Así lo espero; pero ¿no nos acompañarás, amiga Lea?

—Si crees que mi presencia pueda ser grata, me presto á ello gustosa.

No se hizo esperar mucho la hija de Constantino, que fué recibida por sus amigas con cierto respeto mezclado con caricias, en que se confundían la familiaridad de la sangre y de la amistad con los miramientos debidos al rango de la Princesa. Constancia dejó sorprendida á Lea, que no conocía las reinas y las emperatrices sino por la historia y la poesía, y que se las representaba, ora como la graciosa Cleopatra, serpiente del Nilo que había encantado á Antonio; ora como Zenobia, cargada de cadenas de oro, y altiva aún en su humillación; ó bien modelos de infortunio, como la esposa y la hija de Diocleciano, de la cual conocía su destierro, sus desgracias y su trágico fin.

Constancia no tenía la belleza de la Reina de Egipto, ni el orgullo de la Reina de Palmira, ni el dolor imponente de Valeria, viuda de uno de los señores del mundo: era una joven delicada, sencilla en el vestir, modesta en su porte, y que parecía pedir se olvidase su nombre y su posición. Había en ella algo que Lea no podía comprender: una desconfianza de sí propia, una reserva púdica, una palabra humilde, un silencio lleno de respeto hacia los demás, una deferencia con todos, un cuidado por las penas ajenas, que en nada se parecía á la *ferocidad* romana, de que tanto se envanecían los verdaderos hijos de la Loba. A su llegada le ofrecieron frutas y licores enfriados en la nieve: una joven esclava, casi niña, dejó caer una ánfora, demasiado pesada para sus débiles manos; hirióse en el pie, y miró á su señora con terror; pero Constancia con semblante bondadoso dijo al punto.

—Noble Cornelia, hacedme el obsequio de hacer descansar á esta niña, y no la castigáis por amor de mí.

—Seréis obedecida, dijo Cornelia sonriendo. Retírate, Aglae, y no temas.

—¿Os compadecéis de los esclavos? ¡Cuánto

más valéis que el viejo Catón! dijo Antonia riendo.

—¡Oh! póngome en su lugar: si debiese yo llevar una ánfora como ésta!...

Estas palabras sorprendieron á Lea; pues nunca había pensado, aunque no era dura ni cruel, que un esclavo pudiese sufrir. La costumbre la había revestido de indiferencia como de una coraza impenetrable.

Pronto transcurrió el día: una abundante y espléndida comida, algunos juegos y amigables conversaciones lo ocuparon todo. Lea reparó que la hija del Emperador nunca hablaba de las grandezas que la rodeaban, pero nombraba con amor á toda su familia, su abuela Elena, su hermano Crispo, y su mismo padre, cuyas bondades con los suyos refería.

—Pues ¿no le teméis, noble Canstancia? preguntó Antonia.

—¡Oh! no, pues procura imitar á Dios mostrándose muy grande y muy bueno.

Cuando se disponía á partir, en el momento en que el cuadriga que la había conducido esperaba en la puerta, y mientras los hermosos corceles relinchaban de impaciencia y he-

rían con sus pies la tierra, abrazó á sus amigas y les dijo:

—He gozado en compañía vuestra un día tan feliz, que me hace sentir deseos de visitaros á menudo. ¿Tendriais á bien venir á pasar conmigo en palacio el primer día de la semana? También os convido á vos, amable Lea; acaso podré ofreceros un espectáculo digno de vuestros ojos. ¿Vendréis?

Aceptó Cornelia en nombre de su hija y de su pupila, y se separaron, pareciéndoles que aquel día había transcurrido con mayor velocidad que los demás.

VIII

LOS CAMPOS VATICANOS

El templo de Jerusalén había visto en otro tiempo al magnánimo Alejandro postrado á los piés del gran sacerdote Jaddo, pero desde aquella época lejana el mundo no había contemplado este sublime espectáculo: abatido el poder de la tierra; la grandeza soberana voluntariamente humillada ante el verdadero Dios. Cons-

tantino comenzó este largo cortejo de reyes que pusieron la cruz encima de la corona, que bajaron ante la caña de Cristo su cetro y su espada, y que eran tanto más grandes ante los hombres cuanto más pequeños se confesaban ante Dios. Él abrió el camino por donde marcharon Clodoveo y Carlomagno, Alfredo y Godofredo de Bouillón, San Esteban y San Luís, todos esos fundadores de imperios, cargados de victorias, conquistadores, y siervos de Jesucristo.

El pueblo fiel se dirigía en tropel al Campo Vaticano, inmediato al mausoleo de Adriano; magníficos sepulcros, monumentos admirables se elevaban por todos lados cerca de las grutas donde resonaban los antiguos oráculos; pero él no se detenía ante el sepulcro de Nerón, ni en el templo de Marte, ni en el de Apolo, cuya bóveda daba libre entrada al sol y á la luz; sino que se dirigía á una colina solitaria, al pié de la cual se abría una estrecha cripta, cuya entrada estaba oculta entre las matas. Una alegría grave y una expectación solemne animaban todos los semblantes, señal indudablemente cierta con que podía reconocerse á los cristianos; mientras sus adversarios, los triun-

fadores de la víspera, mostraban su postración en sus sombrías frentes, ellos miraban con inquietud aquellas muchedumbres en traje de fiesta, y erraban pensativos por aquellos lugares á los cuales sus ascendientes habían unido siempre ideas misteriosas.

Al fin, vieron llegar una numerosa cohorte, formada de hombres de edad avanzada, entre los cuales sobresalía un anciano cubierto con largas y blancas vestiduras que parecía el jefe de aquella tropa sagrada; y en las filas podía observarse á muchos hombres que llevaban como veteranos profundas cicatrices, señales de antiguas y crueles heridas. A unos les faltaba un ojo, otros eran del todo ciegos, otros tenían miembros mutilados, y no obstante caminaban cantando himnos, en una actitud llena de serenidad y alegría. Aquel cortejo colocóse en orden delante la entrada de la cripta; el anciano bajó de la silla de cedro y de marfil en la cual era llevado, y alzando tres dedos de la mano derecha bendijo al pueblo, que había hincado las rodillas.

Lea presenciaba aquella escena, pues Constancia había conducido á sus amigas á una torre que se elevaba al extremo del jardín de

Nerón, desde la cual la vista abarcaba el campo Vaticano y los admirables monumentos que le rodeaban. Allí habían hallado una anciana vestida con sencillez, pero cuyo aspecto tranquilo y venerable inspiraba respeto; y Lea, viéndola abrazar á Constancia y bendecirla, comprendió que se hallaba en presencia de la madre del César, la emperatriz Elena. Esta saludó con bondad á Cornelia y a las dos jóvenes, y les dijo:

—Vais á presenciar una ceremonia sin ejemplo en Roma, y espero que la bendición del Altísimo reposará sobre mi hijo por el acto que se dispone á llenar en este día.

—¿Me permitis preguntaros, dijo Lea con voz tímida, cuál es el objeto de esta fiesta?

Elena fijó en ella sus ojos azules, penetrantes y dulces, y respondió:

—Mi hijo, como debéis saber, ha dado á los cristianos la libertad de su fe, y en la basilica Ulpiana ha hecho profesión de esta misma fe saludable; hoy viene á rendir homenaje á los heraldos de Jesucristo, á los santos apóstoles Pedro y Pablo, muertos bajo Nerón.

Lea guardó silencio: pensó en su abuelo, y toda la aversión que su educación, así como

los grandes recuerdos de Roma pagana y victoriosa le habían inspirado contra el cristianismo, despertóse violentamente en su corazón. ¡Habíanla conducido á presenciar una fiesta cristiana! ¡A los capitanes, á los legisladores, á los cónsules, á los senadores, cuya historia le era tan familiar, iba á sucederles esa plebe desde tanto tiempo proscrita, sujeta á los suplicios de los malhechores, y de los cuales detestaban los romanos hasta el nombre! Tácito mismo, el justo Tácito, ¿no había llamado á los cristianos los enemigos del género humano?

Cornelia y Antonia no participaban de esta impresión, mezcla de antipatía y de una especie de terror; miraban, la matrona con plácida curiosidad, y Antonia con un interés que apenas podía disimular. Volvióse á Lea, llevóla suavemente entre ella y la princesa Constancia, y la obligó en cierto modo á asomarse al balcón y mirar aquel espectáculo.

— ¡Ved á mi padre! dijo Constancia gozosa; y tiñó sus pálidas mejillas un ligero carmín.

Lea veía por vez primera al Emperador, al heredero del Imperio de Augusto, al triunfador de los últimos tiranos que habían opri-

mido al mundo. Constantino, que en aquellos instantes se hallaba en el apogeo de su gloria, llevaba con simple dignidad su nombre y su grandeza; su talla elevada y membrudo cuerpo, los rasgos de su fisonomía, sus blondos cabellos, sus ojos parecidos á los de su madre, todo revelaba su origen extranjero. En este día no llevaba ninguna de las insignias imperiales; tenía la cabeza descubierta, y se había vestido con la clámide y el manto de los tribunos. Al verle, recordábanse los hechos notables que le habían llevado al trono, y sus victorias parecían rodearle como otros tantos guardias y lictores. Elena le miraba con muda alegría y Constancia con aire de triunfo.

—¿Veis, decía ésta á sus amigas, veis aquel joven que va al lado del Emperador? es mi hermano Crispo; los hijos de Fausta son demasiado jóvenes para presentarse en tan augusta ceremonia.

Reinaba una profunda expectación, y todas las miradas estaban fijas en Constantino. Este avanzó hasta donde estaba el anciano, postróse á sus piés tocando con la frente en el suelo, y dijo con voz que resonó en medio del universal silencio:

—Padre Santo, confieso ante Vos y ante el pueblo cristiano que he sido esclavo del error y del pecado y he hecho causa común con los perseguidores de la Iglesia: he pecado por debilidad, he pecado por orgullo; no soy digno de tocar el umbral del sepulcro de los Apóstoles; pero, pues Dios me ha levantado entre los príncipes de los pueblos, pues ha colocado el poder en mis manos, hago voto y prometo elevar en este sitio, sobre el sepulcro glorioso del Príncipe de los Apóstoles, una basílica en donde Cristo sea adorado, y la memoria de Pedro honrada para siempre.

Constantino pronunció estas palabras con fuerza, pero fueron acompañadas de lágrimas: el señor del mundo lloraba pensando en sus faltas y en las maravillas de la misericordia divina. Después juntando la humildad de la acción á la humildad de sus palabras, despojóse de su clámide, tomó un azadón, removió el suelo, y llevó en sus hombros doce espuelas de tierra fuera del lugar en que debía colocarse la primera piedra de la basílica Vaticana. Así Vespasiano había trabajado en los fundamentos del Capitolio, destruido por un incendio.

Los arquitectos señalaron en tierra el plano de la iglesia futura que debía encerrar el sepulcro de San Pedro y de sus primeros sucesores, la gruta en que reposaban el Apóstol crucificado y los primeros Pontífices mártires debía ser la base de este monumento hacia el cual convergerán los pueblos y los reyes, monumento que el genio decorará con sus sublimes creaciones, y que la piedad consagrará con tantas oraciones y lágrimas derramadas bajo sus bóvedas misteriosas.

—¡Qué magnífico! exclamó Antonia á media voz; esto es más bello que ver entrar á nuestros Césares cargados de laureles; pero decidme, noble Constancia; ese anciano vestido de blanco, á cuyos piés se ha postrado el Emperador, ¿es el que los cristianos veneran como jefe de su religión?

—Es el sucesor del apóstol Pedro, respondió Constancia con cierta expresión de respeto, y los que le acompañan son confesores de nuestra fe. Unos fueron atormentados en el ecúleo, otros fueron condenados al destierro ó á trabajar en las minas; y ahora gracias á mi padre, ó mejor, gracias á mi Dios, son libres,

están rodeados de veneración, y la mayor parte de ellos ofrecen los santos misterios en el altar.

—Pero esos misterios, repuso Lea con voz trémula, ¿no son dignos de horror? Perdonad, noble Constancia; esto piensan los paganos.

Oyó Elena estas palabras y dijo:

—Joven, nuestros misterios son inocentes y santos, ninguna víctima es inmolada en nuestros altares; en ellos ofrecemos una hostia pura, inmaculada, y á ella juntamos la obla-ción de nuestros corazones. Quédense para los paganos los oráculos de Apolo, los misterios de Cibeles y los sangrientos sacrificios que in-moláis á vuestras divinidades.

—Señora, contestó Lea; me han enseñado á venerar los dioses del imperio y á temer las supersticiones extranjeras: ¡cuán extraño me parece cuanto veo en este día!

—Hija mía, dijo Elena con benignidad; un Dios os ha amado con amor tierno, y este Dios no os abandonará.

—¡Mirad! exclamó Antonia.

El cortejo continuaba su marcha; el Papa Silvestre bendecía á la muchedumbre desde la

sedia gestatoria; Constantino tomaba el camino del palacio de Letrán, y el pueblo le seguía con grandes aclamaciones.

— ¡Larga vida al Emperador que ama al Cristo!

Los trabajadores, animados de un santo celo, cavaban la tierra y preparaban los fundamentos de la basílica de San Pedro.

IX

EN PALACIO

La segunda esposa de Constantino, Fausta, hija de Maximiano Hercúleo, había recibido en dote un antiguo palacio, que Nerón había confiscado á Plauto Laterano, condenado á muerte so pretexto de conspiración, y que hubiera podido decir como el Romano proscrito por Sila: «¡Mi palacio me ha perdido!»

Aquel vasto edificio se elevaba en un sitio admirable: desde sus ventanas descubriase por un lado un inmenso anfiteatro y un templo antiguo, dedicado á Venus; por otro lado la campiña romana atravesada por las monta-

ñas de la Sabina, coronadas por una niebla azulada. Vivía reunida en palacio toda la familia de Constantino: su madre Elena; los hijos de su primer matrimonio, Crispo y Constancia; su esposa Fausta y los tres hijos que había tenido de ella, y que subieran más adelante las gradas del trono imperial.

De este modo el lazo sagrado de la familia reunía sangres extrañas y razas diferentes; la hija del cruel perseguidor de los cristianos, y la santa abuela que no vivía sino para Dios; los hijos mayores de Constantino, fieles los dos á la Iglesia, y sus jóvenes hermanos nutridos en secreto con la leche de la herejía; todos eran cristianos, pero en diversos grados, y con más ó menos sinceridad: el Emperador y su hijo eran del número de los catecúmenos; Elena y su nieta habían ya recibido el Bautismo; Fausta, aunque bautizada, tenía alguna duda sobre la pureza de su creencia, y no se unía á los actos y oraciones de su suegra y de Constancia.

Estas dos estaban unidas; unidas por la sangre, por la fe, por el amor á Cristo, por el amor á los pobres: aunque de tan diversa edad, la más íntima confianza unía sus pensamien-

tos y sus deseos, no se separaban un momento' visitaban juntas las iglesias y los oratorios dedicados á los mártires, juntas recibían á los diáconos y diaconisas que tenían á su cuidado los tesoros de la Iglesia, las viudas, los huérfanos y los ancianos; juntas trabajaban para el ornato de los altares que el sol debía en adelante iluminar, ó para vestir á los menesterosos. Ambas eran las primeras de esas reinas y princesas cristianas que han depositado su diadema al pié de la Cruz, y que han preferido á los títulos inventados por el orgullo humano el humilde dictado de madres y siervas de los pobres. ¡Y era en el palacio de Nerón donde llevaban una vida tan santa, y cuyos placeres tenían algo de celestial!

Ocupaban una habitación retirada de esta mansión en otro tiempo suntuosa, y habían escogido la más sencilla, y sobre todo la que presentaba menos vestigios de las fiestas paganas que aquellas paredes habían presenciado. La piadosa Emperatriz había mandado hacer pedazos las cabezas de sátiros, las bacantes furiosas, las náyades y las ninfas que adornaban los arcos: habiendo cesado las persecuciones, aquellos mármoles, aquellos

mosaicos, aquellas pinturas no representaban á los ojos de los fieles las bellezas del arte de Zeuxis ó de Fidias, sino que recordaban las abominaciones y crueldades de la idolatría; y los cristianos hubieran mirado con horror la fría tolerancia que hubiese respetado á aquellos dioses de las naciones que no eran sino demonios. Constancia había colocado en su aposento una de esas cruces ornadas con perlas y rosas con que los artistas mártires adornaban los sombríos muros de las catacumbas; al lado había una antigua imagen representando con colores vivos sobre fondo de oro la Santísima Virgen, llevando en brazos á su Divino Hijo, cuya pintura atribuía la tradición al evangelista San Lucas.

Delante de este cuadro la hija del Emperador oraba trabajando. En el momento en que volvemos á encontrarla, recamaba de oro y plata una dalmática de seda carmesí, y á su lado hilaba su abuela un lino muy hermoso y fino, destinado también á los altares. Antes del trabajo habían leído como de costumbre algunos versículos del Evangelio. Habían meditado en silencio la palabra santa, y al presente conversaban sobre cosas del día, mien-

tras sus manos laboriosas hacían correr la aguja y dar vueltas al huso.

—Madre mía, dijo Constancia dirigiendo á su abuela una mirada tierna y confiada; no sé por qué, pero se me figura que es una sugestión de los Angeles buenos, hace algunos días no ceso de pensar en esa joven huérfana, Lea Valeria, confiada á los buenos cuidados de Cornelia, y á quien visteis el día en que mi padre mostró su amor al apóstol San Pedro.

—Y ¿por qué esa joven ocupa tanto tu memoria?

—Porque no tiene padre ni madre, ni conoce al Dios verdadero. ¡Cuánto la compadezco, yo que tengo un padre tan glorioso, una madre tan buena y que conoce al Dios de toda verdad!

—En efecto, es muy digna de compasión, como todos los infelices que siguen la idolatría! Debemos rogar mucho por ellos para que la luz divina ilumine su entendimiento.

—¡Ah! os aseguro, abuela, que ruego por todos, pero de un modo especial por Lea. Sé que pertenece á una raza obstinada en sus errores; nunca ha podido penetrar en su razón

un rayo de la verdad. Su abuelo odiaba de muerte á los cristianos.

—¿Y Cornelia y su hija ¿se acuerdan de nosotras?

—No sé; no me atrevería á juzgar esa matrona rodeada siempre de magos y agoreros; pero me parece que Antonia tendría un corazón dócil á la fe; pues desprecia las falsas divinidades y halla gusto en oír contar los heroicos combates de los mártires.

—Y la joven Lea ¿te parece si está bien dispuesta por la fe?

—No, abuela; los errores del paganismo han oscurecido su razón, y por esta causa quisiera iluminarla y convencerla. ¡Si pudiese tenerla aquí, á mi lado, vuestras palabras llegarían al fondo de su alma, abuela mía!

—¿Qué medio encuentras, querida Constan-
cia? Lea está bajo la custodia de la noble Cor-
nelia.

—Dios proveerá, abuela; por mi parte ruego á la santa virgen Inés, que tanto poder tiene cerca de Jesús, que me ayude á sacar á Lea de la idolatría y convertirla á nuestra fe. ¿Rogaréis vos también, abuela?

La Emperatriz sonrió con alguna tristeza y respondió:

—Rogaré, ruego mucho por mi hijo, por sus hijos, por mi hija Fausta... ¡Ay! ¿quién sabe si seré oída? Pido para aquel á quien Dios se ha revelado y al cual ha dado el Imperio, un corazón verdaderamente cristiano, libre y limpio de pasiones; pido para mis nietos una inviolable fidelidad á Jesucristo; pido para Fausta un alma recta y un corazón puro.... temo por ella, temo los errores del entendimiento y los desórdenes del corazón...

Constancia había bajado los ojos.

—Querida abuela, dijo al fin, oremos juntas, oremos sin intermisión por todos los que acabais de nombrar; por Fausta, que ocupa el lugar de mi difunta madre, y por Lea... Si alcanzo lo que deseo, ofreceré una corona de lámparas á la bienaventurada Inés.

La dulce Constancia debió rogar mucho, pues el dedo de Dios preparó los sucesos humanos conforme á sus votos.

Tiempo hacía que los mayordomos de Cornelia la instaban á que fuese á visitar sus posesiones de Africa, tan vastas que parecían

una provincia, y se extendían desde Alejandría hasta las montañas de la Lybia.

Cornelia, indecisa mucho tiempo, resolvió al fin emprender este viaje; había oído decir que las ciudades del Egipto contaban un gran número de sabios, y que en los desiertos que se extienden al Sur habitaban solitarios muy hábiles en descubrir lo futuro. Estas relaciones despertaban su curiosidad; confiaba que los astrólogos de Alejandría y los ermitaños de Scetas le revelarían algunos de los secretos de la naturaleza, que recorrerían á su vista el velo que ocultaba los acontecimientos futuros, y ávida de esta ciencia, resolvió partir.

Antonia y Sexto con un numeroso séquito de libertos y esclavos debían acompañarla; y en cuanto á Lea, que no podía ni quería seguirles, aceptó gozosa la invitación que le hizo la princesa Constancia.

El día en que Cornelia dejó su apacible retiro de Tibur, Lea fijó su morada en el palacio de Letrán.

EL HIJO DEL EMPERADOR

Hacia diez meses que Lea vivía al lado de Constanca, tranquila, confiada y aun feliz; no obstante, los votos tan puros que todos los días se elevaban al cielo por su salvación no eran oídos. Asistía como testigo impasible y vigilante á la vida de la Princesa y de su augusta abuela, vida santa y caritativa que parecía un comentario del Evangelio; pero esto no producía efecto alguno en su espíritu. El don divino de la fe no había iluminado todavía aquella alma; resistía á los secretos toques de lo Alto y á los ejemplos y delicadas exhortaciones de su amiga; observaba, y como acontece á los corazones no reblandecidos por la gracia, resistíase contra los saludables ejemplos y las virtudes, cuya grandeza no podía sin embargo negar.

Varias veces decía á Constanca:

—¿Creéis que nuestros padres no poseyeron estas virtudes que tanto encomiáis en los cristianos? ¡Qué ejemplos de firmeza y de valor!

entre los Cincinnatos, los Camilos y los Fabios! ¿Han sufrido vuestros Mártires más que un Régulo? ¿aventajan en virtud vuestras vírgenes á nuestras vestales? ¿son más puras vuestras esposas que Cornelia, Octavia, Calpurnia? ¿Faltábanles á Druso y Germánico todas las cualidades de los héroes y de los sabios?

—No negaré vuestros ejemplos, querida Lea; nuestro Criador ha hecho el hombre á su imagen, y la divina semejanza resplandece en los individuos de toda nación: el más bárbaro, el que vive en las extremidades del mundo, tiene en sí mismo algunos rasgos de su Criador. Pero esas grandes virtudes de que habláis, Lea, y que atribuíis á varios paganos, son el patrimonio de los cristianos más pequeños y humildes. Algunas virtudes austeras, heroicas, que brillen entre vosotros, forman tal excepción, que la historia las registra y las transmite á las futuras generaciones; mientras entre nosotros son el deber, son la regla. Nombráis vuestras vestales, bien contadas por cierto, y á quienes unía á los altares de su diosa la fuerza y el terror; nosotros no podríamos contar nuestras vírgenes, ¡tan numerosas son las castas frentes ocultas bajo el velo! ¡Citáis

un Régulo! nosotros millones de mártires! Sólo los Ángeles conocen los nombres todos de esta cohorte intrépida. ¡Ah! mi querida Lea, si qui-siéseis acompañarme un día á las Catacumbas, tal vez se conmovería vuestro corazón al ver aquellos sepulcros silenciosos y llenos de gloria, y entonces me preguntaríais si son vanas las esperanzas por las cuales los mártires han sufrido la muerte.

Estas palabras pronunciadas con calor y con ternura impresionaban á Lea, pero no cedía aún; reteníala en el error la memoria de su abuelo y sus supremas prohibiciones, y se resistía contra la persuasión que á veces penetraba en su entendimiento. Constancia y su abuela se esforzaban en conmoverla, pero había otro que trabajaba en convencerla.

El primogénito de Constantino, el heredero del Imperio, Crispo, profesaba á su hermana un cariño entrañable; visitábala á menudo; complaciase en conversar con ella; recibía con respeto los consejos de su abuela; poco á poco fué sintiendo por Lea el mismo afecto que su hermana, y quiso también alumbrar aquel entendimiento rebelde, y tan digno, sin embargo, de conocer y adorar la verdad. Recordó

Crispo las lecciones de su maestro Lactancio, y con elocuencia persuasiva exponía á la joven patricia los dogmas cristianos. En estas conversaciones parecía que los decrepitos ídolos á quienes Lea quería ofrecer su incienso, temblaban en sus cimientos cuando el joven Crispo les quitaba el velo y hacía patentes las groseras fábulas que los habían inventado; en estas mismas fábulas descubría un resto de la verdad primera revelada á los padres del género humano; y luego, dejando la idolatría y los vicios divinizados por ella, desplegaba á los ojos de Lea la noble historia del Cristianismo desde el origen de las cosas hasta el momento en que, suscitado por Dios omnipotente, su padre Constantino, á quien nombraba con respetuoso orgullo, había dado al mundo la paz y la libertad!

—¡Juzgadnos por nuestras máximas, juzgadnos por nuestros actos! (decía como en otro tiempo el filósofo cristiano Atenárogas dirigiéndose á Marco Aurelio); ¿en qué preceptos nos hemos nutrido? *Yo os lo digo: amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos del Padre celestial que hace*

-brillar su sol sobre los buenos y sobre los malos.

—Estos preceptos son admirables, contestó Lea; pero ¿los observan todos los cristianos? Ved, Príncipe, ved á Fausta, vuestra madre política; es cristiana, asiste á vuestras ceremonias, cree vuestros dogmas, y no obstante os odia á Vos que no sois enemigo suyo, é intenta perderos sin que le hayáis hecho ningún mal. Esos paganos, á quienes aborrecéis, á lo menos se mantienen fieles á sus amigos y parientes, y detestan sólo á sus enemigos.

—Fausta, repuso el joven, es oriunda de una raza dura y bárbara; su padre Maximiano fué uno de los más crueles perseguidores de nuestros hermanos, ¿y qué extraño es que conserve alguna señal de su origen? Aborrece en mí, no mi persona, sino el título de primogénito, el nombre de César, que quita á sus hijos pretensiones sobre el Imperio; su odio es solamente ambición, y su resentimiento un amor maternal mal dirigido.

—No puedo olvidar, añadió la emperatriz Elena, que salvó la vida á mi hijo Constantino, y que le defendió contra el furor de su padre.

—Como Hipermenestra salvó á su joven marido de la cólera de Danao, interrumpió Lea sonriendo.

—Vos siempre con vuestras fábulas, dijo Crispo; os hago gracia de la que acabáis de citar porque Horacio la ha cantado, y digo con la Emperatriz que debemos gratitud á Fausta, que salvó una vida preciosa y á quien debo un gran respeto, pues mi padre la tomó por esposa.

Lea reflexionaba, y dijo conmovida:

—Sois un verdadero cristiano, Príncipe, puesto que seguís la máxima de vuestro Maestro de perdonar á los enemigos y bendecir á los que os maldicen: lo sois, no solo de palabra, sino de obra.

—Quiera el Señor, repuso Crispo, que salga yo de las aguas bautismales convertido en un cristiano verdadero, en un cristiano perfecto. Al presente soy catecúmeno, y deseo recibir el agua santa que lava nuestros pecados.

—¿Cuándo será, continuó diciendo la Emperatriz mientras acariciaba los cabellos de Lea, cuándo será que esta cabeza se incline bajo el yugo de Cristo? ¿Cuándo llevaremos al redil una nueva oveja?

—Admiro vuestras leyes y vuestra doctrina, dijo Lea con tristeza, y sin embargo, no puedo sujetarme á ellas. Parece que los que me dieron el sér me lo prohíben.

—No lo creáis, dijo Crispo, estad segura de que si vuestros abuelos han encontrado gracia en el Señor, desean con ardor que abracéis la verdad; lo desean vuestros amigos, y darían su vida para iluminaros y salvaros.

El joven Príncipe pronunció estas palabras en voz baja. Lea se sonroseó, y sus ojos se fijaron en Constancia, que añadió con ternura:

—Crispo ha hablado también en nombre nuestro.

Cuando ambas jóvenes quedaron solas, Constancia dijo:

—Lea, habéis tocado un punto para mí doloroso: no me cabe duda del odio de Fausta contra mi hermano: tiene amigos, parciales numerosos, y todo lo temo de ella y de los que la secundan.

—Y ¿qué puede contra vuestro hermano? El Emperador le ama, el pueblo le idolatra; está ya asociado al imperio, y se ha cubierto de gloria en la guerra contra Licinio: ¿quién se

atrevería á tocar una cabeza que protegen tantos laureles?

—¿Quién? los Pisones de la corte imperial, los que envenenaron á Germánico, los que abreviaron la vida de Británico, los que tal vez hirieron á Marco-Aurelio por mandato de Commodo, los cortesanos, funesto aguijón que estimula las pasiones de los reyes! Nosotras dos vivimos retiradas; mi salud delicada y mis hábitos de retiro me tienen apartada de Fausta; y vos no conocéis la numerosa corte que la rodea. Antiguos amigos de su padre, ejecutores de sus crueles voluntades, paganos convertidos únicamente por ambición, discípulos de los sectarios que se levantan en Oriente contra la Iglesia de Cristo; tales son los amigos de Fausta, y los enemigos de mi hermano. Su poder les estorba, y temen su cristiana fidelidad.

—Pues ¿qué oponer á tantos peligros?

—La oración.

—¿Por qué no advertís al Emperador?

—El Emperador ama á Fausta; la cree en todo; acaso ¡ay! haríamos odioso á Crispo sin salvarle... No, debemos rogar al que libró á los jóvenes hebreos del fuego del horno, al que condujo á David á través de mil lazos y

asechanzas hasta el trono de Israel. Intereso en mis súplicas á la bienaventurada virgen Inés, y hago resolución de visitar su sepulcro.

—¿En dónde descansa?

—En la catacumba de la vía Nomentana.

—Os acompañaré, si me lo permitís, dijo Lea con tímido acento.

Abrazóla Constancia y dijole:

—Junto á las cenizas de los Mártires, hermana mía, ¿no se moverá vuestro corazón, y no diréis al Dios que no conocéis: Salvad á Crispo, iluminadme?

XI

LAS CATACUMBAS

Lea acompañó á su amiga al cementerio de los cristianos con cierto sentimiento de horror, que no podían templar aún el respeto ni la esperanza. Las oscuras imágenes de los poetas paganos, la laguna Estigia de negras aguas, el Tártaro profundo, las tinieblas infernales, las crueles Euménidas, Sisifo, Tántalo, Ixión, sombras fatales entregadas á los tormentos, todo esto se representaba á su imaginación

mientras bajaba, al resplandor de las antorchas, la tortuosa escalera que conducía á la catacumba. Apoderóse de ella una especie de angustia al ver desaparecer el día, ¡aquel día tan puro de Italia! y al perder de vista el azulado cielo, los espléndidos monumentos y los árboles siempre verdes que rodeaban en forma de guirnalda un templo de Diana, situado casi á la entrada del cementerio de Inés. Su corazón latía con fuerza, y maravillábase de ver la seguridad y la alegría pintadas en el rostro de su amiga. Precedíala esta, alta la frente, como si fuese á una fiesta, repitiendo en voz baja estas palabras de la santa Escritura;

«Habéis librado mi cuerpo de la perdición, de los lazos de la lengua injusta, de las manos de los que forjan mentiras. Habéis tomado mi defensa contra los que me acusaban, me habéis librado de los leones rugientes...»

—¿De quién habláis? le preguntó Lea.

—De Inés, de la felicísima esposa de Cristo, cuyo sepulcro váis á ver. ¿No la libró el Señor Dios de los lazos de este mundo, de la malignidad de los jueces, del horror de los suplicios, dándole una doble corona? Ahora goza, como lo ha revelado á sus parientes, de una celeste

visión, inseparablemente unida á Aquel á quien consagró todo su amor...

—¡Grande, es, pues, la gloria de los Mártires! dijo Lea. ¡Feliz sin duda, feliz el que ha sellado con su sangre una causa justa!

No dijo más; habían llegado á lo último de la escalera, y se encontraban á la entrada de una oscura galería abierta en tierra y alumbrada sólo por la débil y rojiza claridad de algunas lámparas que pendían de la bóveda. Lea no ignoraba que por ambos lados de la galería las paredes contenían los cuerpos de los cristianos, simples fieles ó gloriosos mártires que sus hermanos habían depositado en aquellos retiros subterráneos, en donde reinaban inalterables el silencio y la paz. El aspecto de aquella ciudad de los muertos, de aquel lugar de reposo, según expresión cristiana, en que tantas criaturas dormían su postrer sueño en los huecos de aquellas paredes; aquella ausencia de todo rumor, aquellas tinieblas religiosas, el recuerdo de los combates y los tormentos que habían sufrido los que allí reposaban, las inscripciones de los sepulcros que se vislumbraban al resplandor de las antorchas sepulcrales, todo sobrecogía de tristeza y de

temor el corazón de Lea. ¡Qué contraste formaba lo que veían sus ojos con los sepulcros paganos con su lujo de mármoles y de bronce, bajo el sol riente, en medio de la campiña, á orillas de los caminos poblados de viajeros! Y no obstante, á medida que avanzaba y que miraba con mayor atención, pasmábase viendo tantas y tan amables y dulces imágenes mezcladas con el terror que infundían aquellas grutas, morada de la muerte! Las inscripciones de los sepulcros, cortas y algunas veces incompletas, grabadas con precipitación sobre una teja ó un pedazo de mármol, hablaban únicamente de esperanza y de reposo.

«¡Vive en paz!» decían los vivos al que no existía. «Alma pacífica, alma querida, alma inocente, fiel servidor de Dios,» así se expresaba el recuerdo que los muertos dejaban á los que les sobrevivían. Algunas pinturas adornaban las bóvedas y algunas partes especiales de las paredes; nada más gracioso que aquellas imágenes trazadas por un arte nueva, cuyas inspiraciones procedían del alma y del cielo. Un pintor, tal vez mártir, había representado el Redentor con rayos llenos de

nobleza y de grandeza; más allá veíase el Jordán á la sombra de las palmeras, y Cristo inclinaba su divina cabeza bajo la mano del Precursor; en el muro opuesto percibíase orando una figura de mujer que parecía animada. El cincel del escultor había tallado en los sepulcros graciosos emblemas: no se notaba allí la guadaña de los tiempos antiguos, ó la sombría bandada de aves nocturnas, ni el reloj de arena, ni la antorcha caída, triste imagen de la fragilidad de la existencia; sino palomas remontando el vuelo, corderos descansando, ciervos bebiendo en una fuente, peces misteriosos.... El sepulcro de la virgen Inés, hácia el cual se adelantaban las dos amigas, en nada se distinguía de los demás, á excepción de algunas guirnaldas de flores con que lo habían adornado manos agradecidas.

Arrodillóse Constancia y apoyó su frente en la lápida que cubría los restos de la feliz mártir. Lea no turbó su oración, y con una antorcha en la mano, seguida de un anciano que guardaba el cementerio, alejóse interrogando los sepulcros, leyendo atentamente los breves epitafios, examinando las señales y los

emblemas que los adornaban. Así llegó hasta un lugar en que la galería se ensanchaba y ofrecía un espacio formado al parecer para reunir una numerosa asamblea. Varias pinturas cubrían las paredes, y en el fondo debajo una arcada elevábase un altar.

—Aquí, dijo el guía, los sacerdotes celebraban los santos Misterios en tiempo de persecución... En este sitio se sentaba el ministro de Dios para recibir la confesión de los penitentes... En aquel ángulo hay el vaso que contenía el agua santa; la pila bautismal está en otra parte... ¿la habéis visto?

—No; respondió Lea brevemente.

Encaminóse á otra galería que se hundía en las tinieblas, y levantando la antorcha continuó leyendo diversas inscripciones, cuya penetrante suavidad tenía para ella un encanto á que no podía resistir. Avanzaba leyendo en voz baja aquellos nombres desconocidos en los anales de Roma, y aquellas piadosas exclamaciones extrañas al Paganismo.

Lea poseía de la doctrina cristiana los suficientes conocimientos para comprender el sentido de aquel lenguaje y aun la significación de las imágenes y de los emblemas que tenía á

la vista; pero lo que hasta entonces, aun en boca de Crispo, le había parecido un dogma filosófico sin prueba y sin realidad, tomaba de improviso en presencia de aquellos sepulcros elocuentes una vida y una fuerza casi irresistibles. ¿Podía dudar de la existencia del Dios por el cual los Mártires habían sostenido tan duros combates? ¿del amor de Cristo, al cual habían correspondido con tan generoso amor? ¿de su esperanza llena de inmortalidad cuya promesa resplandecía sobre aquellos fríos sepulcros? ¿Era una mera ficción este Evangelio en cuyo nombre por espacio de trescientos años habían tantos derramado su sangre? Perdida en tales pensamientos caminaba siempre con la antorcha alta, cuando se detuvo delante un sepulcro mayor que los demás, situado bajo un arco excavado en la pared, y en el cual se leía en letras muy visibles esta inscripción:

VALERIUS-AULUS

FIEL SERVIDOR DE CRISTO,

DEPOSITADO EN PAZ

JUNIA-LUCINA-VALERIA

À SU MUY AMADO ESPOSO

ELEVÓ ESTE SEPULCRO:

DEPOSITADA EN PAZ

Dos palmas rodeaban este epitafio.

Dos veces lo leyó la joven, como si no pudiese dar crédito á sus ojos; y trémula y con voz ahogada por las lágrimas, exclamó:

—¡Mi padre!... ¡mi madre!... ¡cristianos!... ¡Mártires!...

Acercóse el sepulturero, y ella le señaló con el dedo aquel sepulcro.

—¿Recordáis? preguntóle; ¿les habéis conocido?...

El anciano reflexionó algunos momentos y dijo:

—Sí; presencié los funerales de este bienaventurado mártir, que fué conducido aquí por nuestros hermanos, y sepultado con grande honor. Era ciudadano romano, de una antigua y noble familia, y murió decapitado. Ved aquí la redoma que contiene sangre suya.

Lea estampó en ella sus labios.

—¿Y su esposa? preguntó con voz trémula.

—Me parece que la trajeron aquí dos ó tres años después... Tuvo que sufrir el tormento del fuego, y después la precipitaron al Tiber,

atada á sus piés una de esas enormes piedras que los jueces empleaban para atormentar los santos Mártires. De ella no se conserva redoma de sangre...

Lea le escuchaba estremecida.

—¡Anciano! exclamó, ¡yo te recompensaré!... en adelante no vivirás en estos tenebrosos lugares... serás feliz... gozarás de la luz del día...

—Carísima hermana, repuso el sepulturero con sencillez, dejadme aquí junto á estos bienaventurados Mártires, y dad á los pobres lo que destinais para mí.

Esta imprevista revelación, voz potente salida del sepulcro, había conmovido profundamente el espíritu de Lea; muchos misterios del pasado se le aclararon en un momento: ahora comprendía por qué el viejo Romano, su abuelo, aborrecía al Cristianismo, y por qué se había ocultado siempre á sus ojos la suerte de sus parientes: ¡cuántas veces había ella deseado que le hablasen de aquel cariñoso padre, de aquella tierna madre, cuya memoria no conservaba, y á quienes ahora en presencia de aquella tumba aprende á conocer, á admirar, á glorificar! El espíritu de los cristianos había

obrado sobre ella; sabía la grandeza que encerraba dar la vida por su fe; y su corazón entusiasta estremecíase de noble orgullo al considerarse hija de héroes, hija de Martires!

Reclinóse sobre el sepulcro, estrechólo con sus brazos; besó repetidas veces la inscripción, las palmas y la redoma de sangre; y tomando de nuevo su antorcha, corrió al lado de Constancia, que se mantenía en oración; echóle los brazos al cuello, y exclamó derramando lágrimas:

—¡Amiga, mi buena amiga! ¡soy cristiana! ¡El Bautismo! ¡quiero el Bautismo!

—¡Oh, hermana mía! exclamó la Princesa, ¡cuántas acciones de gracias debemos á Dios! ¿Se os ha aparecido tal vez como á María Magdalena? ¿O habéis visto á su divina Madre? ¿os ha mostrado el camino la gloriosa Inés?

—No, respondió Lea; pero soy la hija de dos Mártires; estos sepulcros me han revelado la verdad; y quiero estar unida en la misma fe con mi padre y con mi madre! ¡Venid, y veréis!

XII

EL NOTARIO APOSTÓLICO

Dos días después Lea, con la cabeza modestamente cubierta, acompañaba á la Santa Emperatriz Elena á la humilde morada del Papa Silvestre, cerca del monte Vaticano. Eran esperadas, y los domésticos las guiaron á una sala en donde el Pontífice, rodeado de sus clérigos, leía y comentaba la santa Escritura. Una puerta abierta dejaba ver un oratorio en donde el Santo Padre estudiaba, escribía, meditaba en presencia de su divino Maestro. Si Lea hubiese osado levantar los ojos, no hubiera visto á su alrededor en el palacio del Sumo Pontífice de los cristianos más que la noble sencillez evangélica.

Algunos mosaicos representaban á Pedro y sus sucesores, siervos de los siervos de Dios, vicarios de Jesucristo en la tierra, que habían pagado casi todos al divino Maestro el tributo de su fidelidad, sellado con su sangre; el Pescador de Tiberíades, crucificado como su celestial Amigo; Lino y Cleto, decapitados; Cle-

mente, sumergido en las aguas del mar Caspio; Alejandro y Telesforo, cuyo celo y fatigas coronó el martirio; Víctor africano y Calixto romano; Cornelio, muerto bajo Decio; Marcelino y Marcelo, á quienes obligaron los paganos á guardar las bestias del anfiteatro; Melquiades, predecesor de Silvestre, que no derramó su sangre, pero que sufrió mucho, antes de entrar en el descanso del Señor. Treinta y tres Pontífices se habían sucedido en el espacio de tres siglos, ¡tantas eran las cabezas sagradas que había segado la cuchilla de la persecución! El Salomón que sucedía á esos gloriosos Davides había tenido también su parte de fatigas y de tribulaciones; é investido con el soberano poder sobre las almas, y rodeado de honores, reinaba con humildad, feliz viendo en paz á la Iglesia de Cristo, pero preparado para nuevos combates y para pasar del trono Pontificio á la cárcel Mamertina.

Al ver á la Emperatriz y á su compañera, dejó el sagrado Libro sobre un pupitre de madera de cedro, y dió su bendición á las dos mujeres, que se arrodillaron á su presencia. Elena tomó la mano de Lea, y dijo al Papa Silvestre:

—Beatísimo Padre, os presento una nueva oveja para el rebaño confiado á vuestra guarda. Lea Valeria desea recibir el santo Bautismo.

—¡Dios sea con ella!

—Santísimo Padre, dijo Lea conmovida, he tenido ocasión de saber que mi padre, Valerio-Aulo, y mi madre, Junia-Lucina-Valeria, dieran su vida por la fe de Cristo. ¿Podría dárseme alguna aclaración sobre el particular?

El Pontífice le hizo señal para que se levantara, y después de reflexionar; respondió:

—El número de los Mártires bajo los últimos Emperadores fué tan grande, que no he podido guardar la memoria de sus nombres benditos; sin embargo, en todo tiempo, desde San Pedro, ha sido costumbre en la Iglesia de Dios conservar por escrito los hechos de sus gloriosos combates; y aunque el Emperador Diocleciano mandó entregar á las llamas muchos de esos preciosos documentos, quedan todavía bastantes... Ved, hermano mio (dijo dirigiéndose á uno de sus familiares), ved si en vuestros anales encontraréis algún recuerdo de los padres de esta joven.

El anciano presbítero tomó y hojeó largo

rato un volumen que contenía las actas de los Mártires, trazadas con frecuencia al pié del patíbulo, á corta distancia de la hoguera, por los llamados notarios apostólicos, que con peligro de su vida iban á recoger la postrera palabra, la última gota de sangre de sus hermanos. Mientras iba recorriendo ligeramente aquellas páginas, leía á veces en alta voz:

—Aquí se encuentran, decía, los anales de la persecución de Diocleciano y Maximiano, el año 303 de Jesucristo... El edicto manda que sean arrasadas las iglesias de los cristianos, quemados los libros de nuestra santa fe, los nobles cristianos marcados con la nota de infamia, y los plebeyos reducidos á esclavitud... Un nuevo edicto fulmina sentencia de muerte contra todos los fieles... Doroteo, oficial de cámara del Emperador, es llevado á morir al mismo tiempo que Gorgonio... Antimo, obispo de Nicomedia, es decapitado... La ciudad de Tiro y la Palestina ofrecen al cielo generosos holocaustos... Actas de los Mártires de la Tebaida, que sufrieron tan horribles tormentos... Carta del obispo de Fileas á su pueblo, refiriendo la confesión de nuestros hermanos de Alejandría... Historia del martirio de

cinco mujeres de Tesalónica, almas intrépidas en tan débiles cuerpos... ¡Ah! aquí están las actas de los notarios romanos... son más breves, al par que más numerosas...

Y continuaba recorriendo rápidamente aquellas gloriosas páginas, que á menudo no contenían más que un nombre, una fecha, una indicación, que atestiguaba los temores y la dolorosa premura que comprimían la pluma del escritor.

—El interrogatorio de la virgen Cristina... el del glorioso Luciano, presbítero... el de Arnobio, nuestro apologista... el del cómico Ginés... Al fin, aquí va una nota que satisfará los deseos de esta noble joven:

«Valerio-Aulo, de raza consular, preso entre cadenas, por la fe, compareció ante Plautiano, prefecto del pretorio. En el interrogatorio confesó á Cristo con noble firmeza, y fué decapitado el 8 de las calendas de Septiembre.

»Depositado en la cripta de la via Nomentana.

»Su consorte, Junia, de antigua y noble familia, negóse á entregar las santas Escrituras, por lo cual fué encarcelada, puesta en tortura, y arrojada al Tíber.

» Depositada en la cripta de la vía Nomentana.

» Estos dos santos Mártires han dejado de su enlace una hija, que está en manos de su abuelo, todavía pagano...»

— ¡Esta hija implora la gracia del Bautismo! repitió Lea postrándose á los piés de Silvestre.

— Se cumplirán vuestros deseos, hija mía; la noble Elena cuidará de haceros instruir y pronto entraréis en el rebaño que Dios ha confiado á nuestra custodia. Hacedos digna de vuestros padres, y en estos días de paz en que entramos transfórmese en vuestro corazón el valor que mostraron en caridad para con vuestros hermanos. Portaos como digna hija de estos santos Mártires, que ruegan por vos y que os aguardan; no olvidéis que sois hija de Santos, y que para juntaros con ellos debéis imitarles...

— Santísimo Padre, dijo la Emperatriz, espero que esta joven y mi nieto Crispo recibirán el santo Bautismo en la capilla del palacio que el Emperador quiere dedicar al Salvador, y donde serán honrados los dos santos Juan. Un día, si mis votos son oídos, trocaréis esta

morada por el palacio de San Juan de Letrán. Pienso que esta es la intención de mi hijo.

—¡Ayer todavía nos ocultábamos en las catacumbas, y hoy nos dais palacios! dijo el Pontífice sonriendo; mas en cualquier lugar que se halle la Iglesia de Jesucristo, allí estará con ella la cruz. Dios sea con vos, señora, y con vos también, noble doncella que el Señor ha amado y escogido! No os olvidaremos en nuestras oraciones.

XIII

UNA NUBE

La persecución se asemejaba á esos Angeles terribles que en el último día apartarán la cizaña que encuentren en el campo del Padre de familias, y reuniendo el buen grano lo llevarán á los trojes celestiales. A imitación de ellos, alejaba de los divinos misterios á las almas débiles y corrompidas, é imprimía el sello del cristiano en las frentes que debían ceñir corona real, en las frentes humilladas ante Dios, y erguidas ante los tiranos y los jueces. Pero cuando hubieron pasado los malos

días, cuando la cruz fué públicamente adorada, cuando el señor de cincuenta millones de hombres se proclamó cristiano, un enjambre de almas venales invadió los pórticos de la Iglesia, que parecían entonces el camino de la fortuna y de los honores.

Constantino se veía rodeado de un gran número de esos cristianos dudosos, y más aún Fausta. Esta mujer no había hecho acto de fe hasta ver el triunfo de la Iglesia; la hija del brutal perseguidor de los cristianos no había recibido la gracia del martirio.

Segunda esposa de Constantino, érale muy querida por su belleza, persistente aún en el estío de su vida; por el eminente servicio que le había prestado, y por el hijo que de su unión con ella había tenido. Fausta por su parte mostraba á su marido una gran deferencia; parecía sobre todo ocupada en la educación de sus hijos, y los Obispos y las matronas admiraban sus virtudes, su prudencia, su liberalidad, y se pasmaban solamente del lujo que la rodeaba. Literas, caballos, muebles de oro y de plata, perlas, numerosos esclavos, parecía ser lo único que le asemejaba á las emperatrices paganas; sin embargo, la ambiciosa Livia

hubiera podido reconocerse bajo los rasgos de la severa Fausta. Constantino no veía esta siniestra semejanza, y su mujer, rodeada de los tres hijos que le había dado, crecía cada día un grado más en su amor y confianza.

Aun en medio de los cuidados del Imperio y de las preocupaciones del porvenir, Constantino se complacía viendo con sus propios ojos los estudios y progresos de sus hijos, y á menudo se encontraba con su esposa en la biblioteca donde los príncipes se instruían en las ciencias bajo la dirección de un griego llamado Diomedes, que era además secretario de la Emperatriz, y se había captado en gran manera la simpatía de toda la familia imperial por sus finos modales, por la dulzura de su carácter y por su espíritu de adulación.

Era cristiano, pero nunca se notaba su presencia en las iglesias ni en las reuniones de los fieles; y los que le conocían de antiguo, los que recordaban su juventud, no ignoraban que á la edad de veinte años, lleno de ardor y de jactancia, desafiando los tribunales y los tormentos, y burlándose de la prudencia evangélica que no quiere que se busque el peligro, después de varios discursos poco meditados

habíase visto citado ante el juez. Su presencia de ánimo fué al principio muy firme, confesó altamente su fe, y hasta resistió una primera prueba; más de improviso sintióse desfallecer, declaróse vencido. tomó el incienso, y lo quemó á los piés de una estatua de Júpiter... ¿Había leído Dios en el fondo de aquella alma un secreto orgullo que no quiso coronar con el martirio y la victoria?... Muchos cristianos habían como Diomedes, flaqueado bajo el hierro y el fuego de los ejecutores, pero casi todos arrepentidos y llenos de confusión, habían pedido gracia á la Iglesia, y llevando la ceniza y el cilicio de los penitentes esperaban la reconciliación. Diomedes no se contaba en su número; continuaba en su extravío, sin confesión, sin arrepentimiento, y todos temían que, expulsado por su cobarde diserción del seno de la Iglesia, se inclinase á la herejía de Arrio, que comenzaba á llenar el Oriente de desórdenes y de errores.

Los grandes saben raras veces la verdad entera, y Constantino, lo mismo que Fausta, sólo veían en Diomedes al hombre instruido, hábil y complaciente.

Un día en presencia del Emperador y de

Fausta, había hecho al mayor de sus discípulos, al príncipe que después fué el emperador Constancio, una pregunta sobre las guerras de Pompeyo; y el adolescente, nutrido en la doctrina de Cicerón y de Salustio, trazó un rápido y brillante cuadro de la guerra civil, de la conspiración de los patricios, del complot de Catilina, y de la prolongada lucha entre los Cesarianos y los Pompeyanos; mostró en fin á César vencedor en Farsalia, quedándose él solo con el poder supremo, y terminó con una filial alusión á su padre, vencedor á su vez de la Roma antigua, de la Roma pagana y de las conspiraciones no interrumpidas de sus enemigos.

Constantino sonreía: Diomedes, colocando su mano sobre la cabeza del joven, dijo con entusiasmo:

—¡Tú serás Marcelo!

Fausta dirigió á su esposo una mirada interrogadora, y dijo con voz tímida:

—No se le ha prometido un imperio...

—Es verdad, repuso Constantino, pero aun sometido á su hermano Crispo, le rodearán honores en número suficiente para dejarle satisfecho. Estoy contento de todos mis hijos, y

no puedo olvidar que Crispo, aunque tan joven, se hubiera hecho ya acreedor, según las antiguas costumbres, á la corona naval y la corona cívica: su padre y su soberano le recompensará.

Fausta no contestó; había fijado en su hijo una mirada pensativa, y parecía prestar poca atención á las palabras del Emperador, que le decía:

—Creo que recibiréis con gusto la noticia de que esa joven patricia, amiga de mi hija y protegida por mi madre, Lea Valeria, está preparándose para recibir el Bautismo. Obstinate desde mucho tiempo en el Paganismo, la gracia de Dios ha conmovido de improviso su alma al saber que era hija de un Mártir. Como mis predecesores, soy tutor y protector de los huérfanos nobles; y Lea, al hacerse cristiana, adquiere aún más derecho á mis cuidados, y á los vuestros, señora...

Fausta murmuró algunas palabras de asentimiento, y Constantino se alejó acompañado de sus hijos, dejándola en compañía del griego.

—¿Sabéis qué noticia acaba de darnos el Emperador? preguntó Fausta.

—¿Cuál, señora?

—Una respecto á Lea Valeria.

—¡Ah! sí, algo había oído: la emperatriz Elena y Constancia Augusta aman mucho á esta joven y la destinan, según se dice, al César Crispo, ya por instigación suya el Emperador le ha devuelto los bienes de su madre, confiscados bajo Diocleciano: una vasta posesión en Sicilia y otra en la Liguria completan su patrimonio, y la hacen digna del Príncipe.

—¿Era, pues, cristiana su madre, y murió por la fe?

—Parece que sí, respondió Diomedes, y á pesar del imperio que tenía sobre sí mismo, asomó en su frente el rubor. El apóstata no podía, sin avergonzarse, recordar los combates y el valor de una mujer.

—Crispo se hará poderoso, dijo Fausta, demasiado poderoso para mí y para mis hijos. El Emperador piensa ya asociárselo al poder.

—Acaso aguarda sólo su enlace para conferirle nuevos honores.

—¿Quién sabe? ¡Ah! Diomedes; ¡cuánto sufre una madre viendo la humillación de sus hijos! ¿Por qué mis hijos, tan hermosos, tan inteligentes, no son los preferidos? Yo soy hija

de un príncipe, y mis hijos vegetarán es un rango inferior, sujetos al hijo de Minervina! Este pensamiento acibara mis días.

—Convendría alejar á Crispo.

—¿Cómo? Su padre le quiere, le honra, y se contempla en él á sí mismo.

—Es verdad, pero el Emperador os ama también á vos.

—Sin duda; mas no tanto que prefiera mis deseos á lo que él llama la justicia y el derecho.

—Sí; pero si se le demostrase que este hijo tan amado, tan preferido á los demás, ha faltado al respeto á su padre...

—¿De qué modo? dijo Fausta en tono de incredulidad; Crispo parece el mejor de los súbditos y de los hijos.

—¡Parece! repuso el griego. Y si hiriese á su padre en la niña de sus ojos, ¿le conservaría su favor?

—No, sin duda; pero ni vos, Diomedes, por mucha que sea vuestra habilidad, ni yo, por grande que sea el interés que me impulse, podremos influir en el ánimo prudente de Crispo: tal es para con su padre, y tal quedará.

—Señora, dijo el griego, ¿habéis leído á Eurípides y su *Hipólito*?

Miróle Fausta, y comprendió al punto.

—Una palabra, añadió él, es á veces más aguda que una espada: que el Emperador crea á su hijo prendado de su madrastra, y su hijo tendrá que temerlo todo. Vos sabéis mejor que yo cuán impetuoso es el carácter del Emperador; tampoco ignoráis hasta dónde llega su amor y sus celos...

Fausta inclinó la cabeza, y dijo después de un largo silencio.

—Diomedes, si mi hijo sube un día al trono, seréis colmado de bienes, y se cumplirán todos vuestros deseos...

XIV

HIPÓLITO

Una nueva vida se había abierto para Léa desde el día en que, junto al sepulcro de sus padres, la fe iluminó súbitamente su entendimiento y el amor de Jesucristo penetró en su corazón. Habíase roto el velo que le ocultaba la verdad, y ésta hirió de repente los ojos de su espíritu; así, cuando en la cima de los Alpes una densa niebla oscurece la naturaleza y

oculta la magnificencia de un paisaje, levántase un fuerte viento que la disipa, y aparecen los valles de la Lombardía con sus azuladas aguas y sus espesos bosques. Lea, pues, creía ó por mejor decir veía estas sublimes verdades que su padre y su madre habían sellado con el martirio, y parecíale que su propia sangre, sangre de Mártires, hervía en sus venas por Cristo y por su Ley. Iniciábase en la vida cristiana bajo la dulce dirección de Elena y de Constancia, y esperaba el Bautismo con la impaciencia de un alma que desea unirse con Dios y que se espanta á la vista de las barreras que todavía le separan de Él. El estudio, el trabajo, la visita de los pobres, ocupaban sus momentos, y cuando su pensamiento salía un instante del horizonte en que la fe le retenía, podía mecerse en dulces perspectivas sobre su porvenir. Crispo deseaba hacia mucho tiempo que Lea fuese cristiana para tomarla por esposa; había confiado este secreto á su augusta abuela y á Constancia, y ambas trataban á Lea como á una hija, como á una hermana muy querida. Solamente, por respeto al divino amor, nadie hablaba abiertamente á Lea de la felicidad que el amor de un esposo

podía reservarle; su corazón y sus ojos quedaban modestamente ocultos bajo el velo de las catecúmenas, pero no ignoraba que al dejar el blanco ropaje del Bautismo, vestiría el traje nupcial, y que el nombre de hermano que en su pensamiento daba á Crispo, sería sustituido por otro título más íntimo y más querido.

Sus conversaciones con la princesa Constancia habían tomado también un carácter más íntimo y confiado; el lazo supremo de las almas unía las suyas para lo futuro; animábalas una misma fe y unas mismas esperanzas, y sus pensamientos se inclinaban naturalmente hacia los mismos objetos y los mismos deseos.

—Quisiera que pudiésemos vivir siempre como hoy, decía Constancia á su amiga; mi alma no tiene más que un solo deseo, y este deseo lo cumpliré un día.

—Veamos cuál es, hermana mía, dijo Lea.

—Quisiera retirar las reliquias de mi amadísima Inés del cementerio en que reposan, para colocarlas debajo de un altar, que es el verdadero lugar de los Mártires inmolados á Cristo; luego, en torno de este altar, construir un templo de mármol blanco todo, que sería

como una túnica echada sobre los preciosos restos de mi santa amiga, y cerca de la iglesia construiría una casa en la cual algunas diaconisas cuidasen á pobres ancianos y educasen á niños y á huérfanos.

—Es un deseo que puede tener la hija del César, contestó Lea sonriendo. Yo también he formado otro muy semejante...

—Que la esposa de Crispo podría realizar, dijo Constancia también sonriendo. ¿Veamos cuál es?

—Levantar un sepulcro, ó por mejor decir, un altar á mis padres: el Santo Pontífice Silvestre lo bendeciría, y todos los días algunos sacerdotes celebrarían los divinos Misterios en dicho altar, y enseñarían el Evangelio á los que viniesen de lugares distantes para venerar los Santos Misterios, como aquellos Santos de la Persia, cuya historia me habéis contado.

—San Mario y Santa Marta, ó San Abdón y San Senén, continuó Constancia sonriendo, los cuales fueron martirizados á su vez.

—Ahora comprendo, hermana mía, la dicha de los que morían por Jesucristo; antes lloraba á los autores de mis días, aun entonces que creía á mi padre muerto gloriosamente en un

combate, y á mi madre muerta pacíficamente en su lecho; reflexionaba cuánto debió sufrir mi madre en su corazón muriendo tan joven y dejando una hija en la cuna: y ahora veo que en visperas de morir, amenazados, torturados, llenos de insultos, mis padres eran felices; en sus últimos momentos veían la gloria del Señor, su fuerza les sostenía, su paz les consolaba, y depositaban su hija en los brazos de un Padre lleno de misericordia. ¡Dios se ha acordado de la confianza de los justos, y ha hecho que no fuera vana!

—Sí, querida Lea, y en su bondad os permite hacer el bien y trabajar por su gloria. Vuestro padre y vuestra madre dieron con su sangre testimonio de su fe, y sellaron las verdades del Evangelio; su ejemplo no cesará de conmover y convertir almas, pero á nosotras nos espera otro destino; el Señor será nuestra herencia, pero con otra condición: los Martires han acompañado á Jesucristo al Pretorio y al Calvario; nosotras deberemos acompañarle en sus viajes apostólicos, y como Él mostrar la belleza del Evangelio curando á los enfermos, instruyendo á los pobres. ¿No fué de esta manera que Nuestro Señor se dió á co-

nocer á San Juan Bautista? Los hombres conocerán también, con esta señal, que nuestra fe viene del cielo.

—Vos, Constancia, de corazón tan compasivo, cuidaréis á los enfermos; yo quisiera instruir á los ignorantes, y cuando pienso en tantos pueblos que no conocen á Jesucristo, arde mi corazón dentro del pecho. Quisiera llevar el Evangelio á tantas almas que viven entre tinieblas; á esos bárbaros que amenazan el Imperio; á las regiones del Asia y del Africa, á las Galias, á la Germania, á todas partes donde hay seres capaces de conocer y amar á Dios!

—Yo también (dijo un día la emperatriz Elena que asistía á su conversación), aunque soy vieja y mis días están contados, quisiera antes de mi muerte visitar la Judea, seguir las pisadas de nuestro Salvador, subir al Calvario, descender al santo Sepulcro, y descubrir el paradero de los instrumentos de su dolorosa Pasión. Tal es el gran deseo de mi vida, y si en el lugar que ocupa uno de los templos donde los paganos sacrificaban á Venus ó Juno pudiese yo levantar una iglesia que guardase la cruz, el sudario y la corona de espi-

nas, me parece que dejaría gozosa este mundo y que iría á mi Dios con mayor confianza.

Estas conversaciones se renovaban á menudo: la sociedad cristiana salía de las catacumbas, como un árbol magnífico cuyas raíces han arraigado profundamente y desde largo tiempo en tierra: hasta entonces la tempestad había arruinado los establecimientos que había querido fundar: al fin iba á reinar, instruir, consolar; y sus hijos, llenos de celo por la gloria de su Madre, procuraban mostrar á todas las miradas su gracia y su poder. La savia brotaba de las ramas, y ¡qué frutos y qué sombra dió el árbol inmortal!

Un día, la Emperatriz y su hija explicaban á su amiga y protegida las simbólicas ceremonias del Bautismo, mientras sus domésticas arreglaban vestidos que debían servir para viejos esclavos que sus amos paganos habían abandonado en la isla de Esculapio, y á quienes los cristianos habían recogido. Todo era paz y serenidad, y Lea dijo al fin con indecible sonrisa:

—¡Cuán feliz seré el día en que caerá sobre mi cabeza el agua santa! ¡Razón tenéis, querida Constancia, en querer que se representen

en torno del baptisterio ciervos que se abrevan con placer en el agua de una fuente! ¡mi alma tiene también sed de esas aguas!...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando sonó un ruido siniestro, seguido de gritos y pasos precipitados, en la larga galería que comunicaba la habitación de las dos Princesas con la de Fausta. Constancia se levantó, pálida y estremecida.

—¡Es la voz de mi hermano! exclamó.

Lea la reconoció también, y temblaba como si un rayo hubiese caído a sus pies. Abrióse la puerta, y lo que vió entonces excedió al más cruel presentimiento. Crispo, apoyado en hombros de un antiguo criado, entró cubierto de mortal palidez, con paso vacilante, con la vista extraviada, y fué à caer en los brazos de su abuela. Su túnica estaba inundada de sangre, que manaba de una profunda herida en el pecho.

—¡Oh hijo mío! ¡hijo mío! exclamó Elena, ¿quién te ha tratado así? déjame, déjame restañar esta sangre y curar esta horrible herida!

El Príncipe, casi sin sentido, fué tendido en tierra sobre almohadones, y Constancia

descubrió su herida; algunos lienzos preparados para los pobres restañaron la sangre; Crispo abrió los ojos, y dijo en voz baja á su abuela, que estaba inclinada hacia él:

—Voy á morir... inocente, inocente del crimen por el cual me ha herido mi padre... Fausta me ha calumniado... ¡pobre padre mío!... ¡oh! cuánto le pesará...

No pudo concluir: la muerte se cernía sobre él; Lea y Constancia con las demás mujeres llenaban el aire de lamentos de dolor; la Emperatriz con más calma en medio de su aflicción, y más acostumbrada á sufrir, levantó la cabeza del joven Príncipe, y le dijo con ternura inexplicable:

—Hijo mío, un instante te queda... ¿Quieres recibir el Bautismo?

—¡Sí, lo quiero!

—¿Perdonas á todos, á Fausta, á tu desgraciado padre?

—Sí, perdono á Fausta y amo á mi padre... ¡decídselo!... ¡Dios mío! purifícalo y recíbid mi alma!

La Emperatriz mandó le trajesen una copa llena de agua, y dijo á su nieto:

—Hijo mío, aviva tu fe. ¿Crees?

—Sí, creo todo lo que enseña la Iglesia.

—Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua corrió sobre la rizada cabellera y la pálida frente del Príncipe, y una celeste esperanza llenó de improviso todos los corazones...

—¡Adiós! dijo con voz apagada; ¡adiós, madre mía, hermana mía! ¡adiós, Lea! mi anillo...

Probó inútilmente de quitárselo, en vista de lo cual hizo Constancia, y lo puso en el dedo de Lea. Crispo pareció satisfecho. Algunos suspiros precedieron á su corta agonía, y espiró apoyado en el regazo de su abuela, ¡feliz de ser cristiano, feliz de escapar por la muerte á la diadema!

Elena confió el cuerpo á los domésticos que habian acudido; confió Lea á Constancia, y ambas á Dios, y luego fué al encuentro de su hijo Constantino. El poderoso Emperador se estremeció viendo entrar á su madre en el apartado aposento donde se habia retirado. Allí luchaba contra los remordimientos de su crimen y contra el furor que las palabras de Fausta habian encendido en su alma.

—Crispo ha muerto! le dijo la Emperatriz.

—Ha merecido la muerte, contestó el Emperador con voz trémula y apagada; me había ultrajado; Fausta le ha acusado, y el griego Diomedes ha sido testigo del crimen.

—Hasta el último momento ha protestado de su inocencia: ¡día vendrá en que veáis claro, hijo mío! ¡que vuestro arrepentimiento dé entonces reparación á vuestro crimen! ¡cómo habéis manchado vuestra gloria!

—He usado del derecho que la ley romana da á un padre de familia.

—Hijo mío, no invoquéis las leyes paganas, pedid á Dios que os ha colmado de bienes que os haga conocer vuestro crimen y el dolor de que llenáis el corazón de vuestra madre. ¡Mi nieto ha muerto en mis brazos perdonándoos!

—¡Si pudiese creerle inocente!

—El tiempo descubrirá la verdad; yo solamente he querido veros para llevaros el perdón de Crispo y el mío, y exhortaros al arrepentimiento! David pecó, David hizo penitencia... ¡Adiós, hijo mío!

El Emperador se echó á sus pies, exclamando:

—¡Perdonadme el dolor que os causo!

—¡Os he perdonado ya, y de nuevo os per-

dono, pero el perdón del cielo es el que debéis implorar!... ¡Adiós; voy á velar el cadáver de vuestro hijo!

XV

EN JUDEA

En una risueña alborada de Mayo una larga caravana iba camino de Jerusalén: escoltábanla algunos soldados de á caballo; varios guías la precedían; numerosos criados, largas hileras de pacientes camellos cargados de provisiones, indicaban el rango y la dignidad de las damas que, las primeras desde los días de Tito, iban á visitar llenas de respeto la ciudad de los hebreos; y del fondo de las pobres aldeas y de las grutas abiertas en las rocas, los contados habitantes de aquella tierra desolada acudían para ver la madre del Emperador, que subía á los altos lugares de Sion. La anciana Emperatriz, encorvada bajo el peso de los años y de las penas, iba acompañada de la joven desposada á quien el César víctima de los celos de su padre y de la malevolencia de su madrastra debía dar con su mano el

imperio del mundo, y de todos los bienes perdidos era éste el único que lloraba.

Lea, á caballo, marchaba al lado de la litera de Elena, y miraba tristemente sorprendida aquella Judea tan poco parecida á la hermosa Italia. La tierra de promisión, tantas veces hollada por sus dominadores, había perdido todos sus encantos; no era aquel paraíso de delicias que Moisés describía á los hijos de las doce tribus: «¡Jehová, vuestro Dios, les decía, os introducirá en una tierra excelente, llena de ríos, fuentes y lagos, cuyas aguas saltan por valles y montañas; en una tierra que produce trigo, cebada, uvas, higos y granadas; en la tierra en que comeréis vuestro pan, donde no sufriréis carestía... y bendeciréis á Jehová vuestro Dios por haberos dado una tierra tan excelente!»

El terreno estaba inculto, y todo el país, desde Joppe hasta Jerusalén, lleno de desolación; la esterilidad cubría aquellos campos y verjeles, antes tan bellos, y que ahora sólo producían frutos ingratos y salvajes; los ríos estaban secos; las moradas de los antiguos habitantes de esta tierra maldita solo ofrecían á la vista muros derruídos; el duelo, el espanto,

los castigos de la celeste venganza pesaban sobre estos lugares cuya belleza habían ensalzado los sagrados historiadores; á medida que la caravana se aproximaba á Jerusalén, parecía aumentar la desolación: el sol caldeaba estas colinas cubiertas de polvo y estas ruinas que fueron en otro tiempo la ciudad de Samuel, la ciudad de los Macabeos, Rama donde vivía Jeremías, Emaús donde el divino **Amigo** de los hombres había consolado á sus **afligidos** discípulos; ciudades célebres un tiempo y de las cuales sólo quedaban ahora algunas piedras esparcidas: «Estas ciudades han sido arruinadas, y nadie habita en ellas», había dicho el Profeta.

Los viajeros de quienes hablamos atravesaron el valle de los Terebintos, que presenció la victoria de David sobre Goliat; y pasando á pié junto el torrente, trepando y bajando las áridas montañas que rodean Jerusalén, vieron al fin envueltos en los ardientes vapores del Mediodía edificios de una blancura reluciente, muros, cúpulas, torres...

La emperatriz Elena salió de su litera, postróse en tierra, besóla, y exclamó en voz baja:

—¡A quién te compararé, oh Virgen de Sión! ¡tu dolor es grande como el mar, oh ciudad de Dios, de la que se han dicho tantas cosas gloriosas!

Lea se había arrodillado cerca de la Emperatriz, y contemplaba con emoción profunda aquellas colinas, aquel templo, aquellas terres, que vieron á Dios hablando con los hombres, que vieron á Dios muriendo en cruz.

—¿En dónde está el Gólgota? preguntó á uno de los guías.

—No podéis verlo, contestó; está cubierto de edificios que el emperador Adriano hizo construir.

—Todos caerán, dijo Elena; Adriano no será ya más adorado en este sagrado lugar. ¡Marchemos! ¡El mismo Jesucristo nos llama!

El ilustre Macario, obispo de Jerusalén, había salido de la ciudad al encuentro de la madre de Constantino. Acompañábanle sus sacerdotes y todo su rebaño, resto de la primera Iglesia fundada por el Príncipe de los Apóstoles, fecundada por la sangre de Santiago, primo del Salvador, y gobernada desde la era cristiana por cuarenta Obispos casi todos mártires. Aquellos cristianos por tanto tiempo

perseguidos cantaban himnos y sembraban de flores el camino que debía seguir la Emperatriz hasta llegar á su morada, al pie del monte Moriah.

La Emperatriz recibía estos homenajes con rostro afligido; Jesucristo únicamente llenaba todo su pensamiento y su voluntad, y sin tomar descanso pidió que la condujesen al sepulcro del Salvador.

—¡Ah, señora! repuso el Obispo. Ni el Calvario ni el sepulcro donde José de Arimatea colocó al Redentor, son hoy conocidos. Sobre el Calvario se eleva el templo de Venus; sobre el santo Sepulcro, la estatua de Júpiter: todos los días se hacen allí sacrificios abominables; doncellas que lloran la muerte de Adonis forman coros danzantes sobre la roca en que la Virgen María estaba en pié junto á la cruz (1). Los sacerdotes paganos inmolan toros á Zeux sobre la piedra del sepulcro de Jesucristo. Los idólatras han profanado esta tierra sagrada.

(1) Ezequiel había predicho estas palabras: *A la entrada de la casa de Jehová las mujeres lloran la muerte de Adonis.* (Cap. VIII).

—Los dioses de las naciones se van, dijo Elena, y mi hijo no sufrirá que otro que no sea Jesús reine sobre el imperio y sobre las almas. Las impías profanaciones de los paganos certifican la verdad de nuestras tradiciones; el infierno se ha levantado con ellas, pero no prevalecerá. Reunid un buen número de trabajadores, y que comiencen mañana mismo á derribar los templos construídos por el impío Adriano. Dios permitirá que encontremos el glorioso sepulcro de nuestro Salvador; yo sólo he venido á Judea para venerar antes de mi muerte los vestigios de la Pasión de Cristo y rendirles mis débiles homenajes.

Al día siguiente muy de mañana una cohorte de trabajadores cristianos, presidida por el Obispo y por Draciliano, gobernador de Palestina, comenzó á derribar con santo ardor los monumentos que Adriano erigiera á las impuras deidades de Roma. Arrancáronse del techo las planchas de bronce que lo cubrían; las columnas de mármol, como movidas por otro Sansón, vinieron al suelo; y pronto en fin dejóse ver la configuración de la Montaña santa, cuya cumbre, dedicada al amor profano, había visto los prodigios del amor eterno, y uno de

cuyos lados, consagrado á Júpiter, había guardado tres días el cuerpo de Jesucristo vencedor de la muerte. Sin darse punto de reposo, comenzaron á excavar en aquella tierra venerable: Elena, Macario, Lea, los oficiales, cristianos, todos de rodillas, oraban y esperaban: el trabajo duró largo rato; las almas débiles perdían ya toda esperanza, cuando resonó un grito de *¡Ved aquí la tumba!* y todos besaron con efusión aquella tierra mil veces santa.

El Sepulcro, abierto en la peña, aquel Sepulcro glorioso que ningún tributo tendrá que pagar á la Resurrección final, se ofrecía á las miradas de todos; en él se notaban señales de sangre, y parecía que el adorable Cuerpo descansaba todavía allí, tantas eran las lágrimas y gemidos que acompañados de acciones de gracias arrancó su vista. El espíritu de San Juan, el fiel discípulo, parecía animar aquellos corazones; la anciana Emperatriz levantaba las manos al cielo, y repetía las palabras de David:

—¡Lo he jurado; no daré descanso á mis ojos hasta que haya levantado un templo al Señor!

El Obispo y sus acompañantes, los soldados y el pueblo, todos herían sus pechos; y Lea, al ver la sangre que había manado del costado abierto, y de las manos y piés taladrados, comenzaba á comprender con qué amor se puede, se debe amar á Jesús.

Los trabajos continuaron durante muchos días; la piadosa Elena no sabía moverse del Calvario, y arrodillada en la roca repetía de continuo:

—¡Busco el estandarte de salvación y no lo encuentro! ¡Pues qué! ¡yo me siento en un trono, y la cruz del Señor está escondida en el polvo! ¡Buscad, ahondad más, penetrad en las entrañas de la tierra, y mostradme la fuente de vida! ¡brille á todas las miradas el instrumento de salvación!

Dios escuchó sus súplicas: al lado oriental del Gólgota los trabajadores encontraron una excavación profunda, en la cual descubrieron tres cruces, la inscripción en tres idiomas: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS, los clavos y la lanza. Pero dicha inscripción estaba separada de la cruz, ¿y cómo conocer cuál de las tres había sido el rescate del mundo? To-

dos permanecían indecisos, cuando el obispo Macario tuvo una inspiración divina:

—Tomad estas cruces, dijo á tres de sus clérigos y llevadlas á casa de Chusea, que está agonizando: el leño de la verdadera cruz la volverá á la vida.

Encaminóse allí el Obispo, siguiéndole la Emperatriz. Lea y el pueblo cristiano, animados todos de diversos sentimientos; sostenidos los unos por esta fe que traslada las montañas, y los otros tímidos y afligidos. El cortejo llegó á la morada de la mujer moribunda, á quien conocía toda Jerusalén; hallábase tendida en su lecho, sin quedarle apenas un soplo de vida; arrodillóse el santo Obispo cerca de ella, y exclamó en alta voz:

—¡Oh Dios omnipotente, que habéis salvado al género humano por el suplicio que sufrió vuestro Unigénito Hijo, y que habéis encendido en el corazón de vuestra sierva Elena el ardiente deseo de encontrar el sagrado instrumento del cual estuvo pendiente la salud del mundo, haced que conozcamos de una manera evidente en cuál de estas tres cruces triunfó el Salvador, y concedednos que al con-

tacto de la misma esta mujer que yace aquí á punto de morir, vuelva á la vida, desde las puertas de la muerte (1).

El santo Obispo levantó una de las cruces y la puso sobre la moribunda; pero ésta permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro cubierto con el sudor de la muerte. La segunda cruz no dió mejor resultado. Macario y sus acompañantes oraban con ardor..... Acercó la tercera cruz... Chusea se incorporó en su lecho, con los ojos abiertos, animada por la llama de la vida, y dijo con fuerte acento:

—¡Gloria al Altísimo! ¡estoy curada!

Como la hija de Jairo, como el joven de Naim, como Lázaro, levantóse al punto, habiendo recobrado la plenitud de vida y cantando llena de gozo las alabanzas del Señor.

Conociase ya la verdadera cruz, y en el mismo día restituía la vida á un difunto que llevaban á enterrar.

—Hija mía, dijo la Emperatriz á Lea la misma tarde; ahora puedo exclamar como el

(1) Esta oración está tomada de Eusebio, testigo ocular de los sucesos que refiere.

viejo Simeón: *¡Señor! ¡dejad morir en paz á vuestra sierva!* Cumplidos están los votos de toda mi vida: se ha dado la paz á la Iglesia de Cristo; mi raza servirá al Dios verdadero, y la cruz de mi Salvador felizmente encontrada recibirá los homenajes de los hombres. Quiero levantar un santuario digno de ella. Mas antes de embarcarnos para Italia, en donde depositaremos los tesoros que esta tierra santa nos ha entregado, iremos á Belén para visitar la gruta en que nació nuestro Salvador, y luego á las orillas del Jordán, donde recibiréis el santo Bautismo; visitaremos Nazaret... rogarémos en todos esos lugares que santificó la presencia del Redentor, y después volveremos á Roma, pues no quiero morir lejos de mis hijos.

—Madre mía, contestó Lea; os acompañaré en este viaje por Palestina, y recibiré el santo Bautismo si se me juzga digna de esta gracia; pero no os seguiré á Roma..... quiero vivir y morir junto al Sepulcro de Jesucristo. ¡Aquí las lágrimas son santas y el dolor conduce á la vida eterna!

La emperatriz Elena regresó á Roma después de haber llenado la Judea de sus nobles

y piadosas fundaciones; enriqueció las basílicas romanas con tesoros inestimables; construyó la basílica de Santa Cruz en Jerusalén como un magnífico relicario en donde depositó una parte de la verdadera cruz y la inscripción; engastó en el oro y las perlas de la diadema imperial uno de los clavos del Salvador, y dió la lanza á una iglesia de Constantinopla. Constantino reconoció su error paternal, y cediendo Roma al nuevo reino cuyo soberano es Jesucristo, y San Pedro su Vicario, fundó á orillas del Ponto-Euxino una ciudad admirable, que hizo capital de su imperio.

Constancia no quiso separarse de su santa amiga la mártir Inés, sobre cuyo sepulcro erigió una iglesia, y en ella se consagró á Dios.

Fausta pereció ahogada en los ardientes vapores de una sala de baños.

Antonia no volvió á Roma; desposóse en Africa, á gusto de su madre, con el liberto Sexto, abjurando antes al Paganismo. Perteneciente á una de las principales familias patricias, dió el ejemplo de esas uniones que igualaban las categorías y que llegaron á ser tan numerosas, que el Senado se vió en la precisión de dictar una ley que las consagrara.

Lea vivió muchos años junto al Sepulcro de Jesucristo, dedicada por completo á la oración y á las buenas obras. Desprendida de todo, ocupábanla exclusivamente la gloria de Dios y el cuidado de los pobres; no cesaba de dar gracias al Señor, que la había llevado á la fe por el camino de la desgracia, que la había conducido de la sonriente alborada á la tarde religiosa y pacífica, y que la prometía reunirse para siempre con aquellos que había amado, en los esplendores del día eterno.

FIN